

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
ESCUELA DE VERANO

847X
802

JUAN RAMON JIMENEZ

T E S I S

que presenta la alumna ROSEMARY
SQUIRAN para optar al grado
de "Maestro de Artes en Español"



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

México, D. F.
1948



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN48

568



JUAN RIVERA JIMENEZ

A todos los que quieren a Juan Ramón Jiménez y a aquellos a quienes sólo les falta conocerlo para quererle.

Con mi más sincero agradecimiento a Juan Ramón Jiménez por haberme esclarecido tantas cosas; a mis Consejeros, los Profesores Amancio Bolaño e Isla, y Luis Santullano, y a todos los que tan generosamente me ayudaron en la realización de este trabajo: Alfonso Reyes, Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcin, el Profesor Agustín Millares Carlo, el señor Rafael Fernández del Castillo y la señora Carley Dawson.

100168



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

INDICE

	Pág.
Prefacio	11
Vida	13
OBRA.— <i>Inocencia Primera</i> (Pureza Inicial; Enriquecimiento); <i>Depuración</i> ; <i>Inocencia Última</i>	19
FORMACION.— <i>Influencia del Medio</i> , Andalucismo; <i>Herencias</i> : Romanticismo, Realismo, Impresionismo, Simbolismo, Modernismo	53
SITUACION.— <i>Fuera del Modernismo</i> ; <i>Fuera de la Generación del 98</i>	62
DEFINICION.— <i>Aspiración a la Belleza Pura, la inefabilidad, Inspiración</i> : en el "yo", punto central; el acento individual; necesidad de retraimiento; importancia de la tristeza; <i>Expresión</i> : unificación de lo espontáneo y consciente; sencillez en vez de arte; inteligibilidad; perfeccionamiento	71
HALLAZGOS.— <i>Nuevos Aportes a la Técnica; Nuevos Aportes al Pensamiento</i> : Amor a lo Fundamental.—En el Mundo: lo popular, la naturaleza; en el Hombre: aristocracia, libertad; en el Orden Cósmico: lo espiritual, elementos de solipcismo, panteísmo y estoicismo	97
Epílogo	113
Bibliografía	115

PREFACIO

En este trabajo he intentado hacer un estudio de Juan Ramón Jiménez en su totalidad, eso es, como hombre y como poeta. En su caso, su vida íntima, es decir, su carácter, sus pensamientos, están tan estrechamente ligados con sus poemas, que, tomando sólo unas fases aisladas de él, hubiera resultado imposible llegar a mi propósito—un entendimiento completo del poeta Juan Ramón Jiménez. Pero como comprender del todo a un poeta sólo le es posible a otro poeta, con seguridad habré faltado a mi propósito. No obstante, espero que esta tesis, por insatisfactoria que sea, podrá a lo menos servir de escalón hacia un pleno conocimiento del poeta.

»

VIDA

Juan Ramón Jiménez se distingue —no sólo entre poetas, sino entre los hombres ilustres— por haber seguido siempre el tipo de vida que ha juzgado necesario para el hombre inspirado. Dice que para escribir poesía verdadera es necesario que uno escriba para sí mismo y no para ser leído por los demás. El poeta debe por eso abstraerse de los hombres, a fin de profundizar su conciencia, de llegar a lo hondo de la emoción contemplativa que lleva dentro de sí. Así ha vivido siempre Juan Ramón Jiménez.

La vida de este gran poeta es austera, digna, toda consagrada a su arte.

Nació en Moguer, un pueblecito andaluz, en 1881, y allí pasó su infancia. Más tarde habría de hallarse por todas partes en su obra este pueblo, depurado y exaltado, pero siempre descrito con una ternura íntima.

Estudió el bachillerato en el Colegio de Jesuítas de Cádiz. Luego siguió la carrera de Derecho en Sevilla y allí se aficionó a la pintura. Más tarde se fue a vivir a Madrid. Desde los catorce años había escrito algunas cosas, de las cuales publicó varias en revistas de Andalucía y de Madrid; y a los diecinueve años publicó su primer libro. Llamaba ya la atención por su vigor de expresión y originalidad de ideas.

Casi siempre ha residido en Madrid —pero “al margen de Madrid” — según las palabras del poeta Juan José Domenchina, buen amigo de él —“eso es, a solas con el silencio fecundo de su producción ininterrumpida. Desconoce el mundillo subalterno de las tertulias”—. Esto tiene interés, porque demuestra que Juan Ramón vive tal como quiere vivir —es decir, como esclavo

de su vocación—. Aunque goce mucho de platicar con sus amigos y se interese mucho en la música y el arte, se aparta voluntariamente. Tiene un horror al ruido y a las conversaciones innecesarias y siempre ha rehuido todo episodio publicitario. Nunca ha querido aliarse a cualquier grupo de escritores, ni a ninguna escuela literaria. Tampoco ha querido ser miembro de la Academia Española, ni de cualquiera Academia. Tal vez aquí esté el secreto de su verdadera originalidad artística.

Al mismo tiempo, Juan Ramón sabe hacer excepciones a su vida retirada. Cuando se encuentra con poetas, especialmente poetas jóvenes, o con estudiantes, sale voluntariamente de su retraimiento para comunicarles pensamientos suyos sobre la poesía.

Vivió cinco años en un sanatorio en España. Luego, viajó por Francia, Suiza, Italia y España. Después de siete años de vida recluida en Moguer volvió otra vez a Madrid. A los treinta y cinco años se casó en Nueva York con Zenobia Camprubí Aymar, y regresó a Madrid. Al estallar la guerra civil española, se puso al servicio de la República, haciendo trabajos de carácter social y literario. Pero no se quedó en España. Quería para ella un gobierno que permitiera el libre desarrollo de una aristocracia del talento, y pensaba que ninguno de los dos —ni los revolucionarios imperialistas, ni una república que podría tener tendencias comunistas— permitiría esto.

Enfermo, otra vez, se trasladó a Puerto Rico. Allá se empeñó en seleccionar y publicar lo mejor de la poesía portorriqueña actual, y fomentó mucho entusiasmo entre los poetas jóvenes de allá.¹

Fue luego a los Estados Unidos para enseñar y escribir de nuevo, en la Universidad de Miami. Después de unos años se trasladó a la ciudad de Washington, donde sigue todavía, entregado a la labor incesante de depurar y perfeccionar su obra.

¹ Compuso la "Autología de la Poesía Portorriqueña", e inició "La Poesía Cubana en 1936", colección de los mejores poemas cubanos.

Sigue muy activo en su creación literaria. Además de completar un nuevo libro de versos, dirige un seminario de poesía moderna española en la Universidad de Maryland, y de vez en cuando sale al extranjero para dictar conferencias.

En persona, es tan austero Juan Ramón como en su vida. Tiene ojos muy profundos, que parecen fijarse en las cosas hasta penetrarlas, y su fisonomía entera refleja toda la melancolía de su alma.

Pero, a pesar de esta austeridad suya, en el curso de la breve entrevista que me hizo el honor de concederme, me impresionaron mucho su manera hospitalaria, y la cordialidad con que recibe a quienes se interesan por la poesía. Demuestra un gran interés en los estudiantes y está siempre dispuesto a ayudarlos. Habla muy sencillamente. Resaltan sobre todo su sinceridad completa, y su humildad ante su obra. Juan Ramón es un hombre que no busca homenajes. Persigue sólo la creación de una obra, valiosa por su sinceridad. Me dijo repetidas veces: *Hay que avergonzarse... hay que tirarlo todo*—todo lo que no es bueno, que no satisface su severo juez interior.

Juan Ramón aplica este principio, no sólo en su obra, sino en todo. Se dice que, aunque sea muy amable y cordial con todos, sabe escoger a sus verdaderos amigos. Nos lo confirma Alfonso Reyes, un gran amigo de él. Dice:

“Juan Ramón es implacable y puro. No soporta lo que no es perfecto. Se aleja de los hombres a quienes no estima plenamente. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Prefiere la soledad de oro”.⁴

Sin embargo, los que han sabido conquistar su amistad han encontrado en él un amigo de valor incalculable.



⁴ Reyes, Alfonso. *Los Dos Caminos*, pág. 63.

· OERA

La obra de Juan Ramón Jiménez representa una evolución hacia la espiritualidad, y luego el idealismo. Empieza con el romanticismo de la adolescencia, fecundado luego por la riqueza y sonoridad del modernismo, y que ha de acabar en un desligamiento casi total de la materia. Pero siempre, en toda la obra, persiste en algún grado la subjetividad del poeta. Quería llamar este trabajo "Juan Ramón Jiménez, Poeta de la Intimidad", porque lo que Juan Ramón halla dentro de sí forma un elemento esencial de su poesía. En todas sus épocas, siempre relaciona el mundo exterior —ya se trate de cosas o de ideas— con sus propios estados de alma. Raras son las veces en que considera una cosa o una idea como algo objetivo que existe para todos los hombres, sino como algo muy personal que tiene un sentido particular para él. A pesar de eso, logra la universalidad en su poesía, porque su manera de sentir es estética y produce belleza. Por la belleza de sus sentimientos podemos compartir y gozar de la subjetividad del poeta.

Sin embargo, he hallado que en gran parte de su obra, y particularmente en sus últimas etapas, además de dar una visión de su mundo interior, brinda su visión del mundo del espíritu, y entonces traspasa los límites de la subjetividad —llega a un mundo trascendente—. Por eso hube de cambiar el título, para no limitarme a una fase sola del pensamiento total del poeta.

Juan Ramón distingue tres épocas en su poesía—una que llama "inocencia primera", y que he subdividido en dos, porque me ha parecido que, en una parte de este período, la poesía toma un aspecto diferente, con una influencia más marcada del

modernismo. La primera, la he llamado "pureza inicial", y la siguiente, "enriquecimiento". Luego, Juan Ramón percibe una época de intelectualismo, que he llamado "depuración", porque parece deshacerse de la brillantez del modernismo. Y aunque los temas son del orden intelectual, me parece que contienen demasiada poesía para llamarse solamente "intelectualismo". La tercera división que hace Juan Ramón es la época de "inocencia última", en la que hay un regreso a los temas sencillos, y en la que los anhelos de idealidad se intensifican más y más.

La obra, pues, empieza con una época de *pureza inicial*. En ésta, el poeta vierte toda la nostalgia y el dolor de su propio mundo sentimental, mundo de niebla y ensueño, lleno de ternura, de idealización y de amor a la naturaleza. Siendo andaluz y de un pueblo pequeño y sencillo, Juan Ramón tiene mucha sensibilidad por su paisaje. Pero no se abandona totalmente a él, a la manera del romántico, sino que lo toma en sus manos y lo convierte en una elaboración interna.

Al sentimiento del paisaje, se mezcla el de su adolescencia. En esta primera fase, la poesía es para Juan Ramón "como el paisaje, como el agua lírica, nada preciso, ni definido ni inmutable": ha de ser "errante e indeciso manantial de belleza vaga, brisa de sensaciones". En todos sus versos iniciales predominan la tristeza y la melancolía producidas por cierto afán indefinido del poeta joven.

El estado psíquico de Juan Ramón en sus principios está muy bien definido por el crítico Rafael Cansinos Assens:

"El poeta es un foco solitario de ternura—que envía sus rayos a las cosas bellas y a las criaturas inocentes, para recogerlas luego en sí mismo y mostrarse con el fulgor de un plenilunio casto... Es toda una ternura sin objeto preciso, un místico retraimiento; un miedo del mundo y de la vida, una aprensión de la muerte—es toda la congoja con que un corazón de joven, delicado y sutil, aguarda la llegada de la mujer".¹

¹ Cansinos Assens, Rafael. *La Nueva Literatura*, Tomo I, pág. 162.

La obra que constituye esta etapa inicial empieza con dos libros que excluye ahora Juan Ramón de su obra. Se trata de "Almas en Violeta" y "Ninfeas", obras juveniles e ingenuas, llenas de tristeza. Son demasiado verbalistas, pero en ellas ya se afirma la originalidad del poeta, porque aunque escritas durante el triunfo del modernismo deslumbrador, muestra ya Juan Ramón su preferencia por la expresión sencilla de su emoción íntima y genuina.

La obra reconocida por Juan Ramón se inicia con "Primeras Poesías", con los subtítulos "Anunciación" y "Rimas de Sombra". Se trata aquí de amor melancólico, de despedidas tristes, todo escrito con un acento doloroso y erótico a la vez. Los sentimientos son todavía muy vagos:

*...¡Qué triste es amarlo todo,
sin saber lo que se ama!*

y de un subjetivismo tan intenso que fatalmente ha de volverse en tristeza:

*Ha querido la luna
—¡esa luna de llantos!—
acercarse a la tierra*

*.....
¡Para qué? ¡Quién lo sabe!
¡Para darme tristeza?*

Se halla un consuelo en la belleza de la tierra:

*¡Ah, si el mundo fuera siempre
una tarde perfumada,
yo lo elevaría al cielo
en el cáliz de mi alma!*

Además de una huella del misticismo que ha de invadir más tarde la madurez de Juan Ramón, se percibe aquí un rasgo importantísimo en su obra, que es el de crear imágenes donde da vida a las cosas; en versos como:

ALBA

*Se paraba
la rueda
de la noche...*

y

*Los árboles no se mueven;
es tan humana su calma,
que así parecen más vivos
que cuando ajitan las ramas.*

Sigue "Arias Tristes", donde el dolor del poeta se calma al fundirse más estrechamente con la naturaleza. Se proyecta más hacia el paisaje y convierte todo en una vida tierna y melancólica. Humanizando así las cosas, no se siente tan solo. Se cura de su dolor por hallar una armonía entre las cosas y su alma. Esta armonía es una cosa muy de él, y que existe, en el momento en que está escrita, sólo para él. Dice:

*Al fin nos hallaremos, las temblorosas manos
apretarán, suave, la dicha conseguida
por un sendero solo, muy lejos de los vanos
cuidados que ahora inquietan la fe de nuestra vida.*

Lo maravilloso de la poesía de Juan Ramón es que una vez escrita, ya no existe solamente para él. Tiene el don de comunicar sus sensaciones de tal manera que quienes lo leen llegan a penetrar su mundo, y a ver allí una belleza que él ha creado. Un valle, ya no es un espacio verde, es un valle que:

*...tiene un ensueño
y un corazón: sueña y sabe
dar con su sueño un són lánguido
de flautas y de cantares.*

Las estrellas no son estrellas ordinarias, sino:

*...estrellas dulces,
tristes, distantes estrellas,*

.....
*¿sois ojos de amigos muertos
que se acuerdan de la tierra?*

En este libro su poesía se exterioriza más y sus anhelos vagos comienzan a precisarse. Ya no habla de visiones de mujeres imaginadas, sino de una mujer ya actual—a veces seria y vestida de blanco, y en otras partes riendo y cantando y cogiendo rosas.

Aquí hay también cierta ansia de liberarse de lo material para llegar a lo espiritual:

*Y esta noche que sufro y que pienso
libertar de esta carne a mi alma,
me he quedado mirando a la luna
a través de las finas acacias.*

En “Jardines Lejanos” sigue el tema de la soledad lírica, que busca su consuelo proyectándose en la belleza de la naturaleza:

*...mira, María, la luna
es de plata melancólica*

.....
*Mira, el jazmín está triste
y la luna, melancólica—.*

No es un paisaje lo que vemos, sino el alma del poeta. Persiste la atracción de la tristeza:

*...—Yo amo
estos fondos de las tardes
—grises viejos, hondos, magos...*

porque en la tristeza se hacen más hondas sus sensaciones:

*En su tenue opacidad,
se desnuda lo más almo;
y las rosas son más rosas*

.....
y hay más verde en las yerbas

.....
*y amarillos, y celestes,
y violetas ignoradas.*

“Pastorales” lleva más vida, contactos más directos con las cosas cotidianas. Empleando la forma sencilla y popular del romance, Juan Ramón nos habla del valle con “llorosas nieblas”, de la “luna de oro”, del “canto roto de los grillos”, del “olor a heno”, la “lámpara amarilla”, las “carretas llorosas”, el “mugir de establos”. Transforma todo con su sensibilidad sutil, que sabe ennoblecer las cosas más humildes. A veces, se ausenta del paisaje. Las cosas son casi cosas en sí, con una belleza que parece ser suya. Otras veces contagia el paisaje con su tristeza, y los campos talados “huelen a cementerio”. Cuando deja suelta su imaginación, la luna se hace:

*...entre las nubes,
una pastora de plata,
que, por senderos de estrellas,
conduce manadas cándidas.*

En estos poemas hay un esfuerzo hacia el equilibrio entre la objetividad y la subjetividad del poeta.

Otra evidencia de un misticismo vago surge con estas líneas:

*Lo que trae el carro es sueño
de no sé qué mano pródiga,
de cuyo dueño, tan sólo
se ven estrellas remotas.*

“Olvidanzas” es un regreso a un subjetivismo extremo, en el

cual el poeta llega a gozar más de sus estados de alma que de la belleza de las cosas:

*Al ver este oro entre el pinar sombrío,
me he acordado de mí tan dulcemente,
que era más dulce el pensamiento mío
que toda la dulzura del poniente.*

Al mirar el crepúsculo se exclama:

*No hay en la vida nada que recuerde
estos dulces ocasos de mi alma.*

Ya ha hecho las cosas tan suyas que las ha retirado del mundo y que no existen más que en sí.

Con este libro se concluye la etapa inicial de Juan Ramón, en la que se han mostrado sus virtudes esenciales, es decir, su amor a la sencillez tanto en el fondo como en la forma, su gusto por la tristeza, su afán de penetrar las cosas hasta hacerlas suyas, su don de dar vida a lo inanimado para hallar consuelo en él, y los comienzos de un misticismo que ha de acentuarse hasta formar el elemento principal en lo último de su obra.



La segunda época en la obra de Juan Ramón, siempre dentro de la inocencia primera, es la del *enriquecimiento*. Es la etapa en la cual se deja influir el poeta por el modernismo. Digo influir porque el efecto que tiene el modernismo sobre él es limitado. No se deja arrastrar. Más bien toma del nuevo movimiento los elementos que han de enriquecer su poesía. Sus versos se hacen más sonoros y más alegres, hay más color con el uso de muchos adjetivos, las imágenes se hacen más fuertes, más ricas.

“Baladas de Primavera” abre esta época, con un optimismo y una sonoridad nuevos. Respira el aire de la alegría del al-

deano. Tiene ritmo de danza popular. Tiene también fragancia de amor en el campo.

*Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...*

Todo se llena de música:

*Viento del sur, ¿vienes sonoro
de soles?...*

Todo se llena de ritmo:

*Andando, andando,
que quiero oír cada grano
de la arena que voy pisando.*

En vez de elevarse a un Dios desconocido e inaccesible, lo baja a la tierra para fundirlo con la naturaleza, en un verdadero panteísmo:

*Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.*

El amor se hace una cosa muy real y muy terrena:

*Le pregunté: «¿Me dejas que te quiera?»
Me respondió, radiante de pasión:
«Cuando florezca la cruz de primavera,
yo te querré con todo el corazón.»*

Sin embargo, persisten notas de la antigua y tierna humanización de las cosas:

*¡Qué tranquilidad violeta!
Se está la orilla dorando...*

*El último pensamiento
del sol, la deja soñando...
Se está la orilla dorando.*

Su poesía sigue enriqueciéndose en "Elegías". Deja el romance por el alejandrino que le permite ensancharse. El tema sigue siendo el paisaje. La tristeza persiste pero se concreta y se hace en cierto modo plástica y subjetiva a la vez:

*Y como la locura de mi herida me hace
inmenso y claro y de oro, como un mar sin consuelo,
vuelvo otra vez a ti, en la noche que nace,
inflamado de sol, perfumado de cielo.*

La soledad se hace sonora. Van desapareciendo los tonos elegíacos:

*¡Oh soledad sonora! Mi corazón sereno
se abre, como un tesoro, al soplo de tu brisa.*

El dolor se hace un "pájaro torvo y lúgubre de noches y de inviernos que asoma el rencor de sus ojos eternos".

El amor lejano y melancólico se hace pasión, y el poeta habla de *los besos de la última noche, la sangre caliente de sus venas, y sus negras miradas.*

Sobre todo se nota un nuevo optimismo y una alegría de vivir:

*Era la feria. Estaban los pálidos dolores
muertos entre el verdor de falsas primaveras,
todo andaba cargado de risas y de flores,
el suelo era de juncias, el aire de banderas.*

En los libros que siguen, "La Soledad Sonora", "Poemas Mágicos y Dolientes", y "Arte Menor", la influencia del modernismo persiste.

Aquí tenemos la adjetivación tan característica de este movimiento:

*Es una fiesta clara con eco cristalino:
en el mármol, el pájaro; las rosas, en la fuente;
¡garganta fresca y dura; azul, dulce, argentino
temblar, sobre la flor satinada y reciente!*

Pero todavía persiste el acento personal, la relación de las cosas a la conciencia del poeta:

*Bella y profunda eres, lo mismo que mi alma;
a tu paz han venido a pensar los dolores,
y brotan, en las plácidas orillas de tu calma,
los más puros ejemplos de alas y de flores.*

La preocupación por el alma existe todavía, pero se describe en imágenes plásticas:

*¡quiero saber si tu alma es un jardín de rosas,
o un pozo verde, con serpientes y cadenas!*

También la animación de la naturaleza se hace con idealidad plástica. El arroyo como una mariposa que cantara,

*...Un instante, a cada flor
seduce, besa y engarza,
y a cada una le dice
una mentira mojada.*

“Esto” interrumpe la igualdad de los poemas, al introducir notas de ironía, de gracia andaluza, alegre y popular; y aun de caricaturas. No son líricos estos poemas, y por esto, no representativos de Juan Ramón. Es una de las raras veces en que el poeta no está presente en sus versos.

“Poemas Agrestes” marca un regreso a los temas del cam-

po, y en éstos Juan Ramón expresa su amor de las cosas comunes, de su manera, poco común. Dice a la flor solitaria:

*Y nadie sabe, flor, el encanto bendito
de tu soledad única, estasiada y divina,
cuando, a una brisa de oro, teñida de infinito,
el sol se va ocultando tras tu verde colina.*

Gusta en detenerse ante las cosas más insignificantes —¡pero tan evocadoras!— un violín que suena en la viña, un “pozo mártir sin agua, en el prado de rosa; [quel han llenado de piedras [y quel la vid... desbarata”.

“Laberinto” es, como era Darío, una mezcla de gozos paganos y de sentimientos religiosos.

Se hallan líneas de sensualismo como:

*¡Oro de paz y música, más dulce que mis rosas,
más suave que la seda de las carnes más íntimas!*

y casi junto con ellas, éstas:

*Hora de castidad. ¡Angelus!
...Apartáos,
pensamientos de carne. Que todo sea rosa, rosa, rosa...*

La naturaleza inspira todavía los temas y el poeta se proyecta en ella:

*Antonio, ¿sientes esta tarde ardiente,
mi corazón entre la brisa?*

En “Melancolía”, especialmente en el poema “En Tren”, Juan Ramón “se encara resueltamente con la realidad”¹, por

¹ Cansinos Assens, R., *La Nueva Literatura*, pág. 166.

primera vez, y la sublima con el verso. Es, creo, uno de sus poemas más logrados. Sintetiza un paisaje huyente y un pueblo en cuadros de gran realismo y de gran lirismo a la vez. Ha hecho una observación minuciosa de las cosas y les ha superpuesto el sentido particular que tienen para él.

El tren está "lento, largo de cansancio y de sombra", la lluvia "cansada y melancólica", las botellas de licores son "chillonas" y entre ellas "un fino rayo de sol de última hora enciende policromas y lentas confusiones". Nos da el poeta el detalle empapado de sus propias sensaciones.

Otra particularidad notable de estos cuadros es que son cuadros animados. *Huye... el paisaje... la ciudad se pierde... como una rosa inmensa se va alzando la tarde... el tren, sordo, parte... y... a un vuelta surgen, como entre sueños, torres de oro y de encaje. Grandes nubes ahogan el pueblo... el crepúsculo vago, que cambia las verdades, pone en todo... no se [sabe] qué gasas húmedas... y... el viento conmueve las estrellas, y trae... un aroma de prados de amor y sentimiento.*

Todo se viste de sentimientos humanos. La noche está nublada y sin sentido, las ciudades ignoradas, y la villa queda atrás... *dura como el amor desengañado, roja como mi corazón romántico y sangriento.*

En estos poemas, Juan Ramón alcanza un pleno equilibrio entre el mundo exterior y su propio mundo. Crea así una poesía muy arraigada en la belleza de las cosas, y por eso muy accesible.

Los libros que siguen —"Poemas Impersonales", "Historias", "Libros de Amor", "Domingos", "El Corazón en la Mano", "Bonanza", "La Frente Pensativa"— los voy a analizar en grupo porque no difieren mucho entre sí.

En ellos, Juan Ramón continúa su himno a la naturaleza con versos ricos y sonoros, y con imágenes fuertes. Es de notarse cómo contrasta el tono enérgico de esta poesía, con el tono melancólico de la anterior:

...Y era

*la roca, viva con mi grito,
un gran rostro frenético,
que me miraba alegre, y me escuchaba
alegre, y me respondía
alegre, espantosamente alegre.*

Lo ilustran también los versos:

*El ocaso, también de par en par abierto,
bulle y palpita, como un suburbio sonoro.*

Se acentúan en este grupo las preocupaciones místicas de Juan Ramón. Se pregunta con angustia cuál es el fin de nuestra vida:

—¿Y esto era el fin, amor, mujeres, arte?—

*Por un camino de oro voy... ¿Adónde,
otoño? ¿Adónde, pájaros y flores?*

Tal vez aún Dios mismo no será nuestro ideal. Se muestra completamente indiferente a nuestro destino. Durante nuestros peores sufrimientos, Dios está "bañándose en su azul de luceros".

Adivina, sin embargo, que la realidad existe en un otro mundo y quisiera liberar el alma hacia él.

Rompe el alma su humo y surge, altiva llama.

En "Pureza", los versos se hacen más cortos, más sintéticos, y pierden algo de la sonoridad y riqueza que habían adquirido con el modernismo. Juan Ramón se complace en la belleza

de lo cotidiano, y se entrega más y más a pensamientos religiosos. Quiere alejarse de la carne:

—*¡Temprana Navidad de mansedumbre,*

.....
*...por tu infinita y descolgada lumbre
vuela el alma!*

*Y se queda
la carne, ese montón de podredumbre,
como una mula muerta en el sendero.*

Quiere acercarse a Dios:

Pienso en Dios...

Y trabajo.



*¡Mi alma, Señor, está despierta,
y hacia ti, blanca y limpia se levanta!*

“El Silencio de Oro” demuestra el mismo anhelo por la espiritualidad.

*¡No me dejes más salir
a los desiertos del cuerpo!*

Ya se está alejando de la materia para recogerse dentro de sí:

*De noche, el oro
es plata.
Plata muda el silencio
de oro, de mi alma.*

Siguen “Idilios”, “Monumento de Amor” y “Ornato”, en los cuales la poesía se sintetiza más y más y se hace más

subjetiva; pero de una manera abstracta, muy distinta de la de antes, que buscaba el consuelo en las cosas. Parece que Juan Ramón va a hallar la belleza no en las cosas, sino dentro de sí mismo.

Con "Platero y Yo" Juan Ramón Jiménez llega a su cumbre. Este libro representa lo mejor de Juan Ramón, y también lo más característico de él.

He decidido detenerme en una consideración un poco más larga de esta obra. Estimo que la merece como obra única —no sólo en su belleza, sino también en su tipo— en todas las literaturas. Única por este estar entre la prosa y la poesía, mezclada la forma de la una con la esencia de la otra: este crear un burro con una doble personalidad —la del burrillo como cosa de la naturaleza, y la del burrillo pensador, amigo de los hombres y a la vez reflejo del alma de su autor. Es una fantasía deliciosa de la hermandad entre un poeta y un animal que tiene como propósito verdadero demostrar la hermandad entre el poeta y la naturaleza.

Puede extrañar en algo el tono juvenil de este libro después de las poesías más maduras que he repasado. Esto se debe a que he tratado las obras por sus fechas de publicación, y aunque no fue publicado hasta el año 1914, "Platero y Yo" es un producto de la juventud del poeta. Lo evidencian las multitudes de reminiscencias andaluzas que contiene este librito.

"Platero y Yo" es un verdadero poema, aunque esté escrito en prosa —por su ritmo, su musicalidad, por su carácter lírico sobre todo. En él, Juan Ramón ha puesto toda la emoción que hace surgir en él los más menudos acontecimientos. Extasiado en un crepúsculo, encuentra la hora *contagiada de eternidad... infinita, pacífica, insondable*. Es claro que esto no existe en la hora misma, sino más bien en el alma del autor que se nos revela sumamente sensitiva e imaginativa. Cuando el sol baña la mañana de un *gran lago de luz*, él se siente como si *fuese al interior de una inmensa y cálida rosa encendida*. Así todas sus sensaciones se interiorizan y producen imágenes plásticas y emocionales a la vez.

Para él la naturaleza tiene una vida consciente. Viendo rosas caer al suelo, dice que *el cielo se deshace en rosas*. El universo no es un mecanismo, sino un mundo de personalidades. Cuando nos cuenta que *una gran nube negra, como una gigantesca gallina que hubiese puesto un huevo de oro, puso la luna sobre una colina*, tenemos un concepto totalmente nuevo de la naturaleza. No hay química o física en este mundo de Jiménez —sino solamente cosas vivas.

Para Jiménez, las cosas no sólo tienen su vida propia, sino también reflejan su alma, sus propios sentimientos. Así ve los eucaliptos lloran[do] *sobre el perro muerto*. Exaltado por la pureza de una alta noche de enero, sola, clara, y dura, le parece que *el ciclo le está rezando a la tierra un encendido rosario de amor ideal*.

Esta "humanización" de la naturaleza, la aplica el autor aún con más fuerza al mundo de los animales. Guiado quizá por el deseo de escapar a las mil y una molestias de la vida cotidiana, idealiza este otro mundo y lo encuentra muy superior al del hombre. Envidia a los pájaros, que viajan sin dinero y sin maletas y que sólo tienen que abrir sus alas para conseguir la felicidad. *No saben de lunes, ni de sábados, se bañan en todas partes a cada momento*. Claro que es una idealización, pero al mismo tiempo es para el autor un medio de comunicar su anhelo de libertad y de una vida sin preocupación material —anhelo que todos compartimos, puesto que lo conocemos todos. Con Juan Ramón, vivimos un rato esta vida ideal.

El poeta lleva esta idealización a su culminación en el personaje de Platero —a quien presta todos los sentidos humanos, aumentados por una cierta sabiduría y plácida aceptación de la vida que sólo los animales poseen. Es *tierno y mimoso igual que un niño*, y Juan Ramón que está prendido de amistad por él lo describe con una ternura incomparable. *Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Llamado por su amo, viene con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué casabeleo ideal...*

Un gran entendimiento crece entre los dos hasta que Juan Ramón lo ve tan igual a sí, que cuando razona con él, parece que razona consigo mismo. Ha llegado hasta a creer que el burrillo sueña sus propios sueños. Platero bien sabe que su amo es su felicidad. *Hasta huye de los burros y de los hombres.* Ahora estamos en el mundo de la imaginación pura y ¡no parece de todo imposible que la *cosa enorme y tibia*, que es Platero, avance sobre el hombro de su dueño para leer junto a él los versos de Ronsard!

Platero tiene todo de lo humano. A veces se ve lento y distraído, o mirando con ojos absortos, o simplemente aburrido y no sabiendo qué hacer.

Al través de esta naturaleza consciente y de este animal, casi humano, Jiménez percibe algo aún más alto, que es el mundo espiritual, donde todas las cosas que ha gozado en la tierra, se eternizarán.

Mientras que suena el Angelus, le parece que *esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana, y que otra fuerza de adentro, más altiva, más constante y más pura, hace que todo, como en surtidores de gracia, suba a las estrellas.* Siente un anhelo constante de eternizar las cosas. Sabe que la flor del camino vivirá pocos días; pero su vivir ha de ser eterno. De la misma manera, no puede sufrir que la muerte de Platero sea su fin verdadero. Está seguro que su alma ya padece en el Paraíso, feliz en un prado de rosas eternas. Todavía, Platero lo puede ver, y el autor de su parte puede oír en el poniente despejado *el tierno rebuzno lastimero* de Platero.

Juan Ramón concibe el otro mundo como estrechamente ligado al nuestro y revelado por la naturaleza. Cuando pregunta a Platero si se acuerda de él, por contestación, *una leve mariposa blanca revolaba insistentemente, igual que un alma, de lirio a lirio...*

Aquí tenemos la esencia de Juan Ramón Jiménez —una espiritualidad como fondo, reflejada delicada y tiernamente en una naturaleza animada.

Con esta obra, se cierra la segunda época en la evolución

de Juan Ramón. Es una época fértil. Se ha aprovechado de lo mejor del modernismo, es decir ritmo, imágenes, sonoridad, *joie de vivre*. Ha producido un gran poema, "En Tren", superior por su presentación íntima de lo objetivo. Incluye, además, lo mejor de Juan Ramón —"Platero y Yo", donde el autor crea una naturaleza que refleja su propia alma, y que revela el mundo encantador imaginado por él.



La segunda gran época en la obra de Juan Ramón, es una época de *depuración*. En esta época, el poeta evoluciona hasta la pura esencia poética. Su arte se hace más elemental, más sencillo. Desparecen los detalles de sus percepciones y los reflejos que causaban melancolías o halagaban a los sentidos. La música del verso se ha hecho tan interior que hay que adivinarla entre las metáforas. El alma vuela, libre, por su propio mundo. Juan Ramón desliga su poesía de todo tiempo y de toda concreción en la materia, para hacerla eterna. Se interioriza más y más. Henríquez Ureña ha descubierto un nombre muy apropiado a este proceso. Lo llama "narcisismo espiritual". Juan Chabas ha hablado también de esto:

"Vive... cada vez más dentro de sí, llenando de sí mismo su soledad... Su poesía es siempre... el eco de su espíritu recogido y ferviente.

"El paisaje, el amor, toda la vida que le rodea vive sólo dentro de él como una forma de su interior vivir. Todas las cosas pasan apasionadamente por su vida, y él retiene de ellas la imagen que en su alma graben..."¹

Estando todas las cosas en su alma, él estará también en todo, y se repliega sobre sí mismo. Del dolor de su soledad surge una serenidad, una alegría quieta.²

No se entrega el poeta con toda humildad a las cosas; sino que las vuelve a sí y las convierte en símbolo de sí mismo.²

¹ Chabas, Juan. *Vuelo y Estilo*, Tomo I, pág. 140.

² *Ibid.*, págs. 146-150.

Vive apartado de la vida de los demás, y volcado hacia sí, ya con una idea suya, eterna, de él y del mundo. Su poesía de esta época es esencia pura del lirismo. ¹

Se ven muchos cambios en el arte del Juan Ramón de esta época. Desaparecen los motivos paisajistas, los ensueños vagos, los tonos elegíacos. Sin embargo, permanecen y se profundizan, la espiritualidad, el amor de la soledad, y el gusto por la delicadeza. Se añaden un gran poder de síntesis, un lenguaje más sobrio y un verso más libre. Juan Ramón se libra eventualmente de la rima y de toda forma métrica regular, para lograr la exactitud de lo expresado. Aprovecha el verso libre y también la prosa. Con ella puede comunicar cada íntimo estremecimiento de su pensar. Resulta una prosa viva, ágil, momentánea.

Los dos primeros libros conservan todavía las formas tradicionales del verso.

Los "Sonetos Espirituales" se encierran en el soneto clásico. Son el grito del poeta que anhela la eternidad. Empieza por una consideración de lo miserable que es lo terreno:

*Doliente ramo de hojas otoñales
que el sol divino enjoya y transparenta,
cuando hurta el sol la nube, polvorienta
rama es, de miserias materiales.*

El corazón alcanza cierto alivio con el amor terreno, pero:

*cuando el amor te deja en el olvido,
se truecan en cenizas tus fulgores,
y es vil escoria lo que creíste alma.*

Quisiera arrancarse el corazón y echarlo al "terruño terreno", para ver si al fundirlo con la naturaleza,

*la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.*

¹ *Idem.*

Pero cuando intenta una escapada, tropieza contra el bajo cielo, con la materia, y

*En un rincón se cae, al fin, sin vuelo,
ahogándose de sangre fría el ala,
palpitando de anhelo y de torpeza.*

El único remedio es refugiarse en la belleza etérea de las cosas, tal como es creada por el poeta mismo:

*Esporce octubre,
...en la caída clara de sus hojas,
se lleva al infinito el pensamiento.
¡Qué noble paz en este alejamiento
de todo; oh prado bello, que deshojas
tus flores; oh agua, fría ya, que mojas
con tu cristal estremecido el viento!
¡Encantamiento de oro! ¡Cárcel pura,
en que el cuerpo, hecho alma, se enternece
echado en el verdor de una colina!*

¡Cuánta universalidad se halla en estos versos! Es todo el grito del hombre en busca de Dios, sin saberlo.

“Estío” es una colección de romances. Representan el esfuerzo para alejarse de la tierra. El amor terreno no es más que pasajero:

*Si me quisieras por siempre,
infiel te sería.
No da dos veces un mismo
perfume la vida.*

Para darle vida, hay que librarlo de la materia:

*No me importa que me ames
o que te amen, pues lo que yo adoro*

en ti tú no lo sabes, alma,
ni lo saben los otros.

—mi vida [está]
encarnada en el pálido tesoro
de tu cuerpo invisible,
pues que es la carne de mi alma.—

Solo
me quedaré cuando te vayas,
o te lleven los otros
de la verdad inalterable y pura
que a tu vivir le puedo dar yo sólo.

El poeta quiere “¡alas, alas, alas! para irse ¡alto, lejos!”

¡Sólo yo por los espacios,
de mí mismo reencarnado,
y de ti resucitado!

“Diario de un Poeta Recién Casado” expresa los pensamientos que ha suscitado en Juan Ramón su viaje sobre el mar a los Estados Unidos en compañía de su esposa. A las ideas íntimas de Juan Ramón, se añaden sus impresiones del mar. Para él, el mar es algo vivo, con alma.

Parece, mar, que luchas
—¡oh desorden sin fin, hierro incesante!—
por encontrarte o porque yo te encuentre.

Aún le parece que le habla:

El mar dice un momento
que sí, pasando yo.

Y al punto,
que no, cien veces, mil
veces, hasta el más lúgubre infinito.
No, ¡no!, ¡¡no!!, ¡¡¡no!!!, cada vez más

*fuerte, con la noche...
...es un inmenso, negro, duro y frío
¡no!*

Aquí se notan, en la sonoridad y la adjetivación, huellas del modernismo.

Hasta llega a fundir su alma con el mar, Juan Ramón:

*mi corazón; si mi corazón, hoy
—adornada su grana de incontables
espumas—,
es el mar.*

Otro resabio de este “narcisismo espiritual”, del cual hablamos antes, se halla en un poema que compara el mar a una tormenta:

*Se me abre el corazón y se me ensancha, como
el mar mismo. La amenaza
huye por el oriente
a sus pasadas nubes.
El mar sale del mar y me hace doblemente claro.*

Los pensamientos de Juan Ramón sobre el amor se espiritualizan más y más:

*¡Qué breve el cuerpo delicado
que lo envuelve de rosas,
y qué lejos, desde cualquiera parte tuya
—y qué no hecho—
el centro de tu alma!*

Halla en una visión espiritual del amor, la eternidad

*¡Amor y vida
se funden, como el cielo con la tierra.*

*en un esplendor suave
que es, un instante, eterno!*

En su espiritualización halla la serenidad:

*¡Oh, qué serena el alma
cuando se ha apoderado,
como una reina solitaria y pura,
de su imperio infinito.*

La evolución espiritual de Juan Ramón culmina con "Eternidades", "Ellos" y "Piedra y Cielo".

En ellos, se advierte un aire enrarecido. Ya no hay paisajes, campos. Todo es luz interior, luz de las ideas. El poeta quiere deshacerse de todo hecho.

*Quisiera que mi libro
fuese, como es el cielo por la noche,
todo verdad presente, sin historia.*

No quiere manchar sus pensamientos con pedazos de anécdotas. Han de ser puros. Quisiera aún no necesitar la palabra para comunicarlos:

*No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
mi palabra.*

En su marcha hacia lo abstracto en la poesía, se avergüenza de lo accidental que contienen sus poemas anteriores. Esta vergüenza da lugar al muy conocido:

*Vino, primero, pura,
vestida de inocencia...*

donde expresa su horror a los adornos, a los oropeles en la poesía.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando, sin saberlo.

Se puede suponer que aquí se refiere al modernismo. Con el regreso a la pureza, volvió a amar la poesía otra vez:

...Mas se fue desnudando.

.....
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

Desde entonces, se declara Juan Ramón el enemigo de toda decoración, de toda futilidad, de toda pompa, de todo lo que oculta la presencia de la verdadera Poesía.

Con este descubrimiento sobre sus propios sentimientos, el poeta procede a hacer más completo su despego de las cosas:

Sé bien que soy tronco
del árbol de lo eterno.
Sé bien que las estrellas
con mi sangre alimento.
Que son pájaros míos
todos los claros sueños...
Sé bien que, cuando el hacha
de la muerte me tale
se vendrá abajo el firmamento.

Se acentúa su anhelo de eternizar lo terreno por medio del arte:

Sólo lo hiciste un momento;
más quedaste, como en piedra,
haciéndolo para siempre.

Se manifiesta su angustia por la imposibilidad de capturar la belleza:

*Mariposa de luz,
la belleza se va cuando yo llego
a su rosa.*

*Corro, ciego, tras ella...
La medio cojo aquí y allá...
¡Sólo quede en mi mano
la forma de su huida!*

Va a fundirse con el cielo, ahora que se ha desligado de la tierra. Nos da este poema que sorprende por la belleza del pensamiento y de la expresión:

*Mi lágrima y la estrella
se tocaron, y al punto,
se hicieron una sola lágrima,
se hicieron una estrella sola.
Me quedé ciego, se quedó
ciego, de amor, el cielo.
Fue todo —y nada más— el mundo
pena de estrella, luz de lágrima.*

Va más alto siempre en su ascensión hacia el mundo del espíritu. Se precisa su concepto del alma.

*Yo no soy yo. Soy éste
que va a mi lado sin yo verlo.*

.....

él que quedará en pie cuando yo muera.

Porque la tierra lleva por la tierra, y el mar por el cielo, le parece que la tierra es el camino del cuerpo, y el mar, el camino

del alma. Y mientras que es el alma, la sola viajera del mar... el cuerpo, solo, se queda allí en las playas... pesado, frío, igual que un muerto.

*¡Qué semejante,
el viaje del mar al de la muerte,
al de la eterna vida!*

Ya se ha dado cuenta de que su alma pertenece a otro mundo, y que nuestra vida no es más que un paso hacia Dios. Es:

*¡Hoguera activa,
inmortal primavera
de fuego que da el oro,
de oro que da la luz,
de luz que da la muerte,
de muerte que da a Dios la vida eterna!*

Con comprender que sólo Dios puede dar a la vida un sentido que satisfaga al alma, no va a buscar nada en lo externo. Ya ha descubierto el misterio de todo lo creado. Puede apartarse de todo, porque sabe ahora que la belleza es interna, es una serenidad espiritual, una armonía entre el alma, Dios y lo que El ha creado, y el poeta la lleva dentro de sí:

*¡No estás en ti, belleza innúmera,
que con tu fin me tientas, infinita,
a un sin fin de deleites!*

.....

*¡Estás en mí, que tengo
en mi pecho la aurora
y en mi espalda el poniente
—quemándome, transparentándome
en una sola llama—; estás en mí, que te entro*

*en tu cuerpo mi alma
insaciable y eterna!*

En los libros "Poesía", "Belleza", "Canción", y en los "Cuadernos —Presente, Sucesión, Unidad, Hojas"— Juan Ramón sigue depurando, intelectualizando, sintetizando.

En "Belleza", sus sentimientos alternan entre el estremecerse al contemplar la belleza de las cosas y el deseo de escapar de esta tierra tan fea y tan cargada. Predomina, sin embargo, el alma sobre el cuerpo:

*Dormidos; nuestro cuerpo
es el ancla
que nuestra alma deja
en el fondo del mar de nuestra vida.*

y la preocupación mayor de Juan Ramón es la eternidad de la otra vida:

*Nada me importa esta muerte
que es la caída del cuerpo.
No me moriré al morirme
de esta manera de aquí.*

Uno de los más recientes libros de Juan Ramón, "Españoles de Tres Mundos", forma una serie de "caricaturas líricas", para emplear la expresión del mismo Juan Ramón. Se trata de personalidades del mundo literario en España y en la América Latina. Naturalmente, estas personalidades no pueden escapar a la vista subjetiva de su dibujante. Pero si a veces les falta actualidad, no les falta un intenso realismo lírico. Los perfiles están trazados con vigor, con audacia, y con imágenes de una fuerza notable.

Ultimamente, Juan Ramón ha producido trabajos de la más grande importancia, porque en ellos formula su ética literaria. Estos trabajos incluyen conferencias que dio en la Uni-

versidad de Miami con los títulos: "Poesía y Literatura", "Aristocracia y Democracia", "Ramón del Valle Inclán" y "Estética y Ética Estética", luego publicadas; y un ensayo, "Crisis del Espíritu en la Poesía Española Contemporánea", que fue publicado en una revista argentina.

En "La Estación Total con las Canciones de la Nueva Luz" ya se presentan evidencias del idealismo que va a caracterizar la última época de Juan Ramón. Con este libro, se precisan y acentúan sus ideales. Amor y belleza son todo lo que busca en la vida.

*Nada, nadie quisiera
sino amor...
...Un instante de hueco,
y lo feo aparece.*

Por medio del amor todo se hace bello. Por eso, va a cultivar siempre su propia emoción que hace todo más bello, más lleno. Por medio de ella,

*Y el agua una se ve más.
El color es más él, más sólo él,
el olor solo tiene un ámbito mayor.
el calor todo se oye más.*

Así puede alcanzar la serenidad que buscamos todos.

*Desde entonces ¡qué paz!
no tiendo ya hacia fuera
mis manos. Lo infinito
está dentro. Yo soy
el horizonte recogido.
Ella, Poesía, Amor, el centro
indudable.*

Quiere encerrarse más en su propio mundo para mejor captar la belleza.

Trata otra vez los temas sencillos de la naturaleza—el mar, el valle, la aurora, la sombra, la nieve, la ola, el pico, el mirlo, la estrella.

Pero sabe que sólo en lo eterno podría realizar su ansia de belleza completa.

*GRACIAS, vida, porque he sabido
entrar en el secreto del espíritu.*

*(Gracias porque he querido
llegar a lo infinito.)*

*Gracias, muerte, porque he podido
sostenerme en el mar del idealismo.*

Va a gozar de lo bello fugitivo en la tierra, pero siempre esperando el mundo espiritual, el mundo eterno que sigue la muerte, en el cual el ser se realiza plenamente:

*...el vivo muere, el muerto es inmortal,
sustancia voluntaria para más alta obra!*

Su más reciente producción forma la tercera época de Juan Ramón—la de la inocencia última, en la cual vuelve a sus temas iniciales de las cosas de la naturaleza, e intensifica su idealismo. Siento que no pueda estudiar este período largamente, pues no tuve acceso a las obras últimas de Juan Ramón, por estar aún inéditas.

En prensa, en México, está el libro "Romances de Coral Gables", a cargo de Francisco Giner de los Ríos y de Joaquín Díez-Canedo. Por unas pruebas de imprenta, pude enterarme del contenido de este libro. Representa las sensaciones de Juan Ramón al llegar a los Estados Unidos, y hallar en el clima cálido y en la vegetación lujuriente de la Florida sensaciones parecidas a las que tuvo de niño en Andalucía. Dice:

*...el niño soy yo de viejo,
niño encontrado y perdido.*

y, como antes, va a intuir la naturaleza y fundirse con ella. Por eso, ha nombrado a este período, *inocencia última*.

Pero, aun si las sensaciones son las mismas, la expresión es ya muy distinta de la de antes. Las sensaciones se han hecho ideas interiores, y no queda nada ahora del poco de descriptivismo que siempre se relacionaba con los estados de alma del poeta. Las cosas son ahora puras abstracciones—las nubes y los rosales son *grande ternura redonda*, los árboles *troncos constantes*, el mar *insistencia laminada*.

Ahora, más que reflejos de la conciencia del poeta, las cosas parecen ser paralelos de cosas parecidas que existen en otro mundo ideal.

*Este perro con quien anan,
¿no es alto donde lo vi
como el dios azul más alto?*

El anhelo de traspasar lo de la tierra para visualizar lo eterno se hace más y más intenso. El poeta anhela ir al “pinar de la eternidad”, es decir, el mundo absoluto donde

*Todo irá siendo lo que es
y todo de igual manera,
porque lo más que es lo más
no cambia su diferencia.*

para allá conocer las cosas en su estado puro y poder tener la libertad completa del espíritu.

*¡Qué final! Este sería
el ser de todos los fines;
todo quemándose en mí,
y yo con todo, ascua libre.*

Todavía están en prensa "Figuración", "Baladas de Monturrie", y "Diario de Poeta y Mar".

La última obra de Juan Ramón, "Lírica de una Atlántida", está hasta la fecha incompleta; todavía en creación. En este libro también se hallarán las sensaciones del poeta al encontrar en Florida evocaciones de Andalucía, de la cual tiene tanta nostalgia todavía. Con esta experiencia vuelve a ver las cosas como originalmente: con ojos de niño.

Además de escribir nuevos versos, Juan Ramón todavía va revisando, perfeccionando, depurando la obra ya escrita.



La obra de Juan Ramón Jiménez es un reflejo de la evolución del propio poeta como hombre. Empieza con una visión nostálgica y muy íntima del mundo, que corresponde a la adolescencia del poeta; luego logra más exterioridad con la influencia del modernismo, pero sin perder la corriente de subjetividad que está difundida en toda su obra; y acaba en un regreso a la sencillez inicial, en un alejamiento todavía más profundo, porque ahora no consiste solamente en un narcisismo, un volcarse sobre sí mismo, sino en un descubrimiento del mundo espiritual y una elevación hacia él.

En una paráfrasis de las palabras de Juan Ramón:

*El río ha pasado por debajo
de su alma, socavándole.*

Se ha hecho todo alma, todo espíritu.

Para hacer una apreciación de la obra de Juan Ramón, yo diría que las varias partes de su poesía tienen más o menos valor según lo que se busca en la poesía. Si se busca un valor emotivo, entonces sería su época de pureza inicial, la de su adolescencia, la mejor. Si se busca un valor plástico, algo que agrada a los sentidos, entonces sería la época de enriquecimiento, la que valdría más. Pero, si se buscan valores filosóficos y religiosos,

si se busca un sentido de la vida, si se busca la serenidad, entonces es la última etapa de la obra —las épocas de depuración, o intelectualismo, y de idealismo en donde el poeta traspasa sus propias inquietudes para cantar las de la humanidad— la más grande.

38

FORMACION

La influencia del medio parece, a primera vista, haber tenido un efecto inverso sobre la personalidad de Juan Ramón. Aunque nació y vivió en la más meridional Andalucía, tierra de sol y de luz, no tiene la vivacidad, el ambiente chillón de su tierra. Por sus ojos vemos un sol velado y melancólico, reflejo de su propia tristeza.

¿Por qué ésta contradicción? ¿Por qué será que se le habrá llamado "el andaluz universal"? Porque es andaluz de la triste Andalucía. Es que no hay una sola Andalucía, dice José Enrique Rodó, sino varias. "Junto a la Andalucía ebria de color y de luz, de pasiones violentas e insaciables, hay una muy sentimental, muy suave, muy dulce, como nacida de la fatiga lánguida y melancólica que siguiera a los desbordes de sangre, de sol y de voluptuosidad de aquella Andalucía, la admirable, la solamente admirable; no la adorable—la hermética. . . Y Jiménez es el poeta de esta última Andalucía, soñada más que real, y tiene de ella el alma y la voz." ¹ Juan Ramón ha cantado lo bueno andaluz, que es señoril, sobrio, esencial, eterno, y ha dejado lo malo, que es todo exterior, exagerado y superficial.

En este caso no es el ambiente el que crea al artista, sino es éste quien crea, o más bien, busca a aquél. No puede reflejar la alegría de Andalucía, porque ha nacido amado de la tristeza. Se ha contagiado de los elementos más tristes del pueblo—la obsesión de la muerte, lo fugitivo del amor, los corazones partidos. Ha hallado en lo recóndito de Andalucía algo que corres-

¹ Rodó, José Enrique. *El Mirador de Próspero*, pág. 180.

ponde a su propia naturaleza. Sobre esto Rubén Darío comenta: "Ha nacido para Andalucía, entre todos los que hacen literatura alegre, un soñador de viola que sabe cantar silenciosamente la recóndita nostalgia, la melancolía que Andalucía lleva en el fondo de su pecho."¹ Otra vez, el poeta se aleja de la apariencia para darnos una visión íntima, muy suya, y últimamente más real.



Además de la influencia de su medic, Juan Ramón estuvo sujeto a una herencia literaria. En este respecto también demuestra su individualidad. Aunque influido en algo por el —romanticismo, realismo, impresionismo, simbolismo, y modernismo— ha tomado de todos, sin ligarse a ninguno. Su concepto de lo que es el poeta no le permite pertenecer a ninguna corriente literaria. Dice en su magnífico ensayo "Crisis del Espíritu en la Poesía Española Contemporánea":

"Simbolismo, impresionismo, espresionismo, creacionismo, imaginismo, ultraismo, dadaísmo, vanguardismo, sobrerrealismo, monogolismo interior, biblicismo, putrefaccionismo... Ningún poeta auténtico, natural, individual, ha necesitado nunca, ni aceptado, tales tejuelos... El verdadero poeta lo es todo y más, abarca y anula, como la vida, el amor y la muerte, todos los nombres, y supone todos los nombres. Su único nombre es el suyo".

Juan Ramón ha sabido escoger algo de los mayores movimientos literarios—sin perder nada de su originalidad.

El romanticismo le ha traído la emoción.

Entre los escritores románticos, ha elegido a Bécquer como maestro, porque halla en él, además del romanticismo, un acento ya moderno. Dice: "La poesía española contemporánea empieza sin duda alguna en Bécquer". Tiene la misma sensibilidad aguda de él, la misma melancolía vaporosa, pero al mismo tiem-

¹ Darío, Rubén. *Tierras Solares*, pág. 76.

po se aparta de él por el uso de largas letanías de atributos poéticos, que pertenecen más bien a los impresionistas o modernistas.

Del romanticismo ha sacado también la exaltación de la personalidad, la interpretación subjetiva de la naturaleza, y la libertad en la expresión.

Lo que no ha tomado de él es el patriotismo, el retorno a lo nacional. Es verdad que describe paisajes de su Andalucía, pero estos paisajes son más de su alma y del alma de su país. Podrían existir en cualquier lugar en donde se hallase el poeta y un pueblo con la misma melancolía andaluza. No son paisajes regionales, son paisajes del corazón, paisajes universales para todos los que pueden sentir lo que siente Juan Ramón.

Del realismo ha tomado su realismo espiritual. El realismo fue un retorno a la naturaleza, al estudio fisiológico y psicológico del hombre. Se empeñó en hacer una pintura minuciosa de los más ocultos aspectos subconscientes o patológicos. Este rasgo se halla en Juan Ramón. Escudriña su alma y los anhelos de su ser interior. Nos dice que siente:

*Un suspirar por algo encantado y distante,
por algo más que no se encuentra y que se ignora,
presentimientos tristes en cielos de diamante,
una mujer que olvida y un poeta que llora...*

Un cielo violeta y una tarde llena de fragancias de mimosas le llevan a un anhelo vago que describe así:

*Un afán imposible de lujos sensuales
llevaba, entre visiones, al alma melancólica,
afán de llegar pronto o de no llegar nunca
a no sé dónde, ¡para qué!, no sé a qué hora.*

Frecuentemente, en Juan Ramón, algún recuerdo viene a mezclarse con una sensación. El "suave olor a heno" le trae recuerdos de:

*no sé qué cariño muerto,
de otras tardes de septiembre
que olieron también a heno.*

Lo que no ha tomado, en ninguna forma, del realismo, es el realismo físico de las cosas. A él no le importa la apariencia de las cosas, sino sólo la esencia. Dice a las cosas:

*¡No, no os amo! Entre toda vuestra vecinería,
mi alma se corresponde, plena de su conciencia,
con la divinidad. Moro en mi poesía,
y en mi maceta, un alba, sólo halleréis esencia.*

Me he detenido mucho tiempo en decidir si Juan Ramón tuvo o no influencia impresionista, y concluyo que sí hay esta influencia. Juan Ramón no tiene los rasgos del impresionismo, no opone la razón a la imaginación (al contrario, vive de su imaginación), no sustituye lo objetivo a lo subjetivo, no prefiere lo impasible al sentimiento, y no emplea el verso definitivo para excluir la forma libre. No se entrega a la intelectualización completa de los sentidos, puesto que siempre guarda la emoción en su verso.

Pero, a pesar de todo, sí tiene algo en común con el impresionismo —el ideal poético de los dos es el mismo— la poesía debe ser inspiración y depuración. Las palabras del Parnasiano Catulle Mendés expresan claramente los ideales de esta poesía: “ne pas compter sur l’inspiration seule, mais l’exalter par le travail et l’épurer par la soumission aux règles sacrées”.

El impresionismo fue una protesta contra la emoción excesiva y el verbalismo del romanticismo, y quiso depurar la poesía sometiéndola a las rígidas reglas de la métrica. Juan Ramón ha conservado el sentimiento romántico, pero le ha dado un ambiente que he juzgado impresionista, ya que da una forma plástica y sintética al sentimiento, pero a diferencia del impresionismo, todavía conservando la emoción.

Juan Ramón se ha dedicado, en su obra entera, a la dominación de lo espontáneo por el consciente, y llega a una expres-

sión sobria, a la vez que romántica. Aquí un ejemplo del perfecto equilibrio que ha logrado entre la emoción y el intelecto:

*¡Cómo una sola lágrima
deforma todo el mundo!*

El simbolismo dejó la huella más honda en Juan Ramón. De él, ha adquirido lo que es más característico de su poesía—la vaguedad, el despertar sensaciones imprecisas, que viven un recuerdo indefinido y que reviven en el presente. Con las nubes de polvo que levanta el pastor,

*...Todo
lo que era alegre al sol, sueña
no sé qué amores llorosos.*

Después de contemplar el sol y el valle, su corazón, al pasar por la senda,

*lloró de amor, con un aire
viejo, que estaba cantando
no sé quién, por otro valle.*

Cuanto más queda indefinido el recuerdo, más se acentúa la vaguedad:

*Silencio.
Sólo queda
un olor de jazmín;
lo único igual a entonces,
a tantas veces, luego,
¡sin fin de tanto fin!*

Como el simbolista francés Mallarmé, busca lo que sugiere—más bien que la realidad presente—, y con el recuerdo que nada más sugiere lo que fue, el verso gana en intensidad. Con

los simbolistas, Juan Ramón ama la cadencia interna en el verso y la finura de sentimientos y de sensaciones.

La influencia más inmediata que sintió Juan Ramón fue la del modernismo, puesto que éste florecía en todo el mundo latino y en España, cuando él escribió.

Aquí se habla del modernismo en su forma más ancha. Es decir, no como una forma artificiosa, sino como una síntesis de todos los movimientos precedentes—en particular el simbolismo y el impresionismo.

De él le vino lo que iba a ser su tema principal—el anhelo de difundirse en la naturaleza, de amarla para gozarla, de admirarla como obra de Dios. Al contemplar un “paisaje dulce” dice:

*...Una mano celeste modelaba la vida
con arena de amor, de bien y de ventura...*

Con esta influencia su tristeza se hace menos persistente y da paso a la alegría, también producto del modernismo. Extasiado ante un “poniente de oro”, se exclama:

*¡Inflámame, poniente: hazme perfume y llama;
.....
...y el viento del olvido se lleve lo doliente!*

En el afán de gozarlo todo, los modernistas dan importancia a las sensaciones auditivas, que no habían sido notadas por los románticos. Además de reunir el mayor acopio de sensaciones, ellos mezclan y confunden (como lo habían hecho los simbolistas) una percepción con otra, para llevar una sensación imprecisa, pero intensa. El ocaso se convierte en ruido:

*El ocaso, también de par en par abierto,
bulle y palpita, como un suburbio sonoro.*

Por otra parte, lo que es sonoro se convierte en percepción visual:

LA MUSICA

*En la noche tranquila,
eres el agua, melodía pura,
que tiene frescas — como nardos
en un vaso insondable — las estrellas.*

Otra característica del modernismo, que adopta Juan Ramón, es el refinamiento, pero éste se manifiesta de un modo muy distinto en él. No es, como en Rubén Darío, un amor a lo elegante, a lo raro, a lo exótico. Lo exquisito de Juan Ramón es él mismo, y al través de sí, las cosas cambian. Busca y ama lo más humilde, lo fresco, lo natural, lo que está cerca de su origen, cerca de su Creador.

Juan Ramón se aprovecha también del uso de la metáfora atrevida y de la forma conceptuosa tan repartida en el modernismo. Convierte, por ejemplo, el paisaje en una *esmeralda, piedra pura del anillo del horizonte*.

Bajo esta última influencia, como ya se ha notado anteriormente, el verso se hace más sonoro, más adjetivado, más sensual.

Se verá subsiguientemente cuáles son los rasgos del modernismo, que dejó y odió Juan Ramón, y las razones por las cuales no se puede incluir entre los modernistas.

SITUACION

Por mucho que se intente, es imposible colocar a Juan Ramón Jiménez en ninguna escuela literaria. En primer lugar, como ya se ha visto, esto sería en contra de su credo estético que proclama el poeta como un individuo libre de todo movimiento; en segundo lugar, como se ha notado, tomó de todos, sin entregarse a ninguno.

En la época en la cual escribió, había dos grupos en los que Juan Ramón hubiera podido alistarse—los Modernistas, y los de la Generación del 98. Véase cómo escapó a los dos.

Se puede adivinar que Juan Ramón no va a caber dentro del Modernismo al leer esta línea de Pedro Salinas: “Para mí el signo de la literatura española del Siglo XX es el signo lírico”, es decir, no de la letra, sino del espíritu. En este sentido, Juan Ramón sí es hombre de su siglo, aunque de ninguna escuela. Lo que importa en su poesía es el contenido —las imágenes, los sentimientos, luego las ideas— y no la forma. En la literatura modernista la belleza está toda en la palabra—sonora y colorida, en los adornos, y en el placer de los sentidos, con nada de evocaciones íntimas y espirituales. Es una literatura sobre todo estética. No se preocupa de verdad, ni de moral. En cambio, para Juan Ramón, la verdad lo es todo, y va a penetrar hasta el fondo de los seres y de las cosas para hallarla.

Para ver por qué no incluye a Juan Ramón la escuela modernista, conviene definirla primero. Para esto, voy a referirme a Pedro Salinas.¹

Dice que el Modernismo es una literatura de los sentidos,

¹ Salinas, Pedro. *Literatura Española Siglo XX*, págs. 21-24.

llena de atractivos sensuales y de cromatismo. Corre tras los éxitos de la sonoridad y de la forma. Está toda vuelta hacia fuera, hacia el mundo exterior. Es el apetito de los sentidos para la posesión de la belleza —pero no de la belleza natural— sino elaborada ya por artistas anteriores, y cargada de conceptos de cultura histórica. Lo resume todo, Pedro Salinas, al llamar a los modernistas—poetas de los sentidos, alumbrados en lo estético-histórico. Esto es la esencia del Modernismo.

Hay mucha dificultad al discutir el Modernismo con relación a Juan Ramón, puesto que este movimiento es tan amplio que se puede concebir en dos aspectos muy distintos. El uno, del cual ya se ha hablado, es el de una síntesis del impresionismo y del simbolismo que trae a la poesía tristeza, una fina sensibilidad, una fusión del ser con las cosas, un amor panteísta de todo lo que se halla en la naturaleza. Esto sí lo ha tomado Juan Ramón. Pero existe el otro aspecto —que él no pudo aceptar y que prohibió su adhesión al Modernismo. Es el de una poesía artificial, toda forma, amaneramiento, erudición, exotismo— y sobre todo materialista.

Para mayor comprensión del Modernismo, y para mejor entender las razones que alejaron a Juan Ramón de él, debe distinguírsele del movimiento nacido en España y que también renovó la literatura española—el de la Generación del 98.

Los dos movimientos se originan a fines del siglo XIX, pero proceden de diferentes impulsos. En España, la nación reacciona contra el desastre de la pérdida de Cuba, y trata de enfrentarse con la realidad española, para olvidar las dañosas ambiciones del antiguo imperio.

En América, se trata de una revolución puramente estética, y por lo tanto menos profunda. Es un movimiento contra el ambiente. Al contrario de la Generación del 98, quiere traspasar las fronteras nacionales y adquirir universalidad, alejándose, de momento, de las cosas americanas por completo.

Sin embargo, hubo una fusión de los dos movimientos al principio. Pero fue un error y no había de durar. El Modernismo atrajo mucho a los de la Generación, porque represen-

taba un elemento de rebeldía y de renovación. Era precisamente lo que buscaban los del 98. El Modernismo fue una liberación del academismo y de la retórica tradicionales que habían hecho del verso una forma disciplinada y hueca. Quiso brindar movimiento, música, ritmo y gracia a la poesía.

Los del 98 entonces aceptaron el Modernismo por su afán de renovación, y también porque hallaron en él un medio de evadirse al sentimiento de desastre que dominaba España. Fue, en las palabras de Pedro Salinas, "un gran narcótico" para ellos. "La poesía de Rubén Darío podía servir como una maravillosa muralla de irrealidades y placeres de la imaginación que aislara al escritor de las aflicciones inmediatas que le rodeaban".¹ Tal vez fue la razón por la cual Juan Ramón tuvo cierta afinidad con él (el Modernismo) en un principio, puesto que en sus primeras etapas, su propia visión del mundo forma el elemento principal de su poesía.

Muy pronto, los verdaderos representantes del espíritu del 98 se dieron cuenta de que el Modernismo, con su materialismo, su sensualidad, su actitud irresponsable ante la vida, no podía resolver los problemas espirituales de la España del 98. Era, sí, una revolución, pero no la revolución necesaria para España.²

En consecuencia, los de la Generación, después de tomar del Modernismo los elementos que podían beneficiar la expresión de su anhelo espiritual, rompieron con él y siguieron la tradición poética española de Garcilaso y Góngora, San Juan de la Cruz y Bécquer.²

Esta es más o menos la experiencia de Juan Ramón Jiménez. Para él, el Modernismo no fue más que un tránsito, y como ya hemos visto, un enriquecimiento. Sacó de él lo que traía de sensibilidad, de matiz, y de sonido, pero sin entregarse jamás completamente a él. Nunca se preocupó de mitología o de vida griega, puesto que estaba poseído de un anhelo de eternidad y de divinidad que lo trascendía todo; no podía cantar los

¹ *Ibid.*, pág. 36.

² *Ibid.*, pág. 38.

esplendores del Oriente, cuando sólo quería conocer su visión interior de las cosas que le rodeaban; no podía interesarse en lo exquisito de la Francia del Siglo XVIII, cuando su mayor preocupación era por las cosas cotidianas y humildes; no podía seguir cultivando la sensualidad, cuando tenía un afán de espiritualizar y eternizar el amor; ni podía detenerse en las circunstancias, cuando quería hacer una poesía fuera de todo tiempo y lugar.

Por eso tenía que cansarse y disgustarse del Modernismo, y aunque le había tenido una gran admiración al principio, llegó a odiarlo y a romper con él definitivamente en su libro "Eternidad". Vio al Modernismo, en su forma artificiosa, como "una reina fastuosa de tesoros y sin sentido".

De aquí se concluye que Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío representan los dos polos opuestos de toda la poesía contemporánea. En torno a Rubén Darío, giran los modernistas; y en torno a Juan Ramón, los poetas posteriores al Modernismo y los que han reaccionado en contra de él.¹



Se ha situado a Juan Ramón en cuanto al Modernismo. ¿Cómo se le sitúa en cuanto a la Generación del 98, que representa la España intelectual de su época? También fuera.

Se debe explicar aquí que para Juan Ramón no existe una Generación del 98. Es, para él, una creación artificial. De hecho, es difícil reconciliar los paisajes objetivos, realistas, de Pío Baroja, con los paisajes emocionales y subjetivos de Azorín, o con los paisajes utilitaristas de Unamuno; así como el estilo seco y áspero de Pío Baroja, con el refinado de un Valle-Inclán. Sin embargo, todos tienen la misma apetencia espiritual de conocer y de exaltar la realidad de España, y por eso forman una cierta unidad. Aunque esta unidad esté muy lejos de ser completa, he intentado hacer resaltar sus rasgos más caracterís-

¹ Onís, Federico de. *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*, pág. 577.

ticos, para mejor captar el problema de la colocación de Juan Ramón.

A riesgo de crear una contradicción, se debe mencionar que Juan Ramón tiene muchos rasgos en común con los de la Generación del 98, los mismos rasgos que los alejan a todos del Modernismo. Como ellos, es ensimismado, preocupado, y con tendencia a la tristeza. Fecunda la literatura con influencias extranjeras, rompe con lo que no tiene realidad, quiere la sencillez de la expresión, siente el alma mística de España, conserva algo de romanticismo, y ama a la realidad, pero al través de una vista íntima. Este último es el punto principal, en el cual se parece a los de la Generación. Es, como ellos, subjetivo. Se aleja de los gozos de la vida para mirar su propia conciencia. Y cuando sale de su mundo interior, es para mirar al paisaje de España, para hallar los más menudos y vulgares acontecimientos y darles un valor estético al relacionarles con el yo, al darles un ambiente subjetivo.

Pero difiere mucho el propósito de Juan Ramón del de la Generación. Por mucho que se empeñe en pintarnos su pueblo de Moguer, no lo hace porque es un lugar de España, de su país. Más bien se esfuerza en despojarlo de todo accidente para pintarlo como lugar de su juventud, lugar de sus primeros ensueños y anhelos, lugar que podría existir en muchos países, puesto que su mayor constituyente es la imaginación del propio Juan Ramón. En él, sí existe España —pero como influencia, como fuente de sensaciones, y no como en los de la Generación— como ideal.

Azorín ha notado esta divergencia y ha comentado sobre la alta calidad de la observación escrupulosa que hace Juan Ramón, parecida a su propia labor en hacer sus miniaturas paisajistas; y tiene que convenir en que, en las manos de este poeta, esta observación de la vida cotidiana traspasa el realismo y aun el emocionalismo. Dice Azorín:

“La nueva poesía exhibe como base de observación la vida menuda y cotidiana, el realismo que sólo pueden darle el posi-

tivismo y el naturalismo. Sobre esa base se ha edificado todo el edificio actual de la lírica.

“Examinando la poesía de Juan Ramón Jiménez, se puede ver la cantidad de observación que se ha incorporado a la lírica, y cómo este realismo ha dado vida a un idealismo superior, más trascendente, más hondo, más poético, en suma, que el antiguo”.¹ Es la creación, dice él, de una “sugeridora idealidad”.

Mientras que los escritores del 98 tenían el propósito de recorrer por todo el país, y de sacar cuadros no descriptivos, sino sentimentales para reforzar el entendimiento y el amor a España, Juan Ramón prefería quedarse en un pueblecito y utilizaba su menudamente observada realidad para sacar no más que un “hálito de las cosas”, para crear un mundo ideal —muy personal al principio— luego más universal y al final trascendente.

Este desligamiento de las circunstancias me parece ser la razón fundamental para excluir a Juan Ramón Jiménez de la Generación del 98, cuya más grande preocupación, y tal vez lo único que le da unidad y permite que se llame generación, fue el alcanzar y difundir la realidad de España.

Ahora que se sabe lo que *no* es Juan Ramón, conviene examinar lo que *sí* es. . .



¹ Azorín. *Clásicos y Modernos*, pág. 229.

DEFINICION

Para definir mejor al poeta Juan Ramón, creo necesario dar primeramente su propia definición de la Poesía.

Para él, la poesía debe ser imaginación, pero arraigada ésta en la evidencia. En una de las conferencias que dio en la Universidad de Miami, llamada "Poesía y Literatura" hizo él mismo el mejor análisis de su propia concepción de la Poesía.

La verdadera poesía... es la que estando sustentada, arraigada en la realidad visible, anhela, ascendiendo, la realidad invisible; enlace de raíz y ala que, a veces, se truecan; la que aspira al mundo total, fundiendo, como en el mundo total, evidencia e imaginación.

Profundiza el carácter de lo irracional en la poesía:

...Por eso es indecible: deja la mitad... en ese "por decir" que tentará siempre... por eso nos deja la emoción, temblor de realidad y misterio...

Todos deberían participar en este irracionalismo que es la sustancia de la poesía:

Todos debemos desear, procurar y contagiar esta vida. El contagio es propio de la poesía como lo es del baile y de la música, sagrados por ella... Y nadie debe ser inmune para estos ritmos de gracia y gloria.

A este elemento irracional, Juan Ramón le da el nombre de lo *inefable*.

Poesía escrita me parece... que es expresión (como la musical, etc) de lo inefable, de lo que no se puede decir... de un imposible.

Precisa más su concepto de la poesía por medio de un contraste entre la poesía y la literatura:

Literatura es la expresión de lo fable, de lo que se puede expresar, algo posible. Y siendo el espíritu, creo yo, la inefabilidad immanente,... es claro para mí que la poesía escrita ha de ser fatalmente espiritual y que la literatura no es necesario que lo sea, ni aun que intente serlo, pues otro es su destino.

Explica cómo se alcanza lo inefable:

Los estados de la contemplación de lo inefable son panteísmo, misticismo (no me refiero precisamente a lo religioso), amor, es decir, comunicación, hallazgo, entrada en la naturaleza y el espíritu, en la realidad visible y la invisible, en el doble todo, cuya sombra absoluta es la doble nada. Las disposiciones del hombre para estos estados son sentimiento, pensamiento y acento. El resultado, mudo o escrito, emoción universal.

En resumen,

Será, pues, la poesía una íntima, profunda fusión en nosotros... de lo real que creemos conocer y lo trascendental que creemos desconocer.

Por estas líneas, ¿nos está sugiriendo Juan Ramón que lo trascendente es más conocible que las apariencias que solemos llamar "lo real"? En todo caso, lo trascendente es lo que busca —la verdad trascendente, la belleza trascendente.

*Quien me quiere encontrar en la vida —y en la muerte—
búsqueme sólo en lo bello.*

Con estas palabras, Juan Ramón Jiménez se define a sí mismo.

¿Cómo va a llenar esta aspiración por lo bello? Según el poeta Coleridge habría dos medios —una la imitación, el otro la inspiración. Se nace, decía él, aristotélico o platónico. Para el aristotélico, la poesía es una imitación, un ejercicio, una habilidad especial. Para el platónico, es una embriaguez, una enajenación de las cosas, una inspiración. Ya se sabe que para Juan Ramón la inspiración lo es todo. No se preocupa de escribir como los otros. Sólo le importa traducir en una forma embriagadora a su sensación, su sentimiento o su idea.

En toda su poesía se siente un afán de hallar la belleza de las cosas por un contacto directo, para después iluminarlas, idealizarlas. Está dotado de una sensibilidad tal que le permite ver belleza en lo más común, en lo más ordinario. Esta belleza no consiste en adornar, ni en dar énfasis a las cosas. Se produce solamente por vestir las con la vista subjetiva del poeta.

Esta facultad de transformar las cosas es la verdadera contribución de Juan Ramón a la poesía. Al leerlo, el lector se impregna de la luz que difunde el poeta, y puede llegar a ver el mundo con el mismo sentido estético.

Sobre todo, Juan Ramón tiene la gran cualidad de ser accesible. Está al alcance del lector siempre, porque su punto de partida es la percepción de lo externo, y todo sentimiento o concepto suyo se clava en la materia. Siempre su sensibilidad tiene una expresión gráfica:

Yo tengo escondida en mi casa, por su gusto, y el mío, a la Poesía. Y nuestra relación es la de dos apasionados.

Por esta facultad de personificar las cosas y de proyectarse en el mundo de las apariencias, Juan Ramón puede concretar en algo, y hacer comunicables las más fugitivas impresiones. Aquí esta otro ejemplo:

*¡La música;
—mujer desnuda,
corriendo loca por la noche pura!—*

Con imágenes, hace posible la expresión de lo fugaz, lo impreciso, lo subconsciente, todo aquello que muchos de nosotros apenas entrevemos, pero que no logramos captar. Conocemos bien las sensaciones que representa Juan Ramón, pero, ¿hubiésemos pensado en concretarlas así?

*¡Qué olor y qué dolor de flores amarillas,
que tienen el encanto de las cosas de entonces!
...Y duele el corazón nostálgico, lo mismo
que si lo traspasaran las amarillas flores...*

Aquí describe en toda su vaguedad la alegría amorosa:

*En la frescura de la tarde melancólica,
quiero cantar, y no sé qué... Todo estoy lleno
de ritmos perfumados, de letras sin idioma,
que no sé cómo, hablan de ti, ¡que estás tan lejos!*

Con la trasmutación de los sentidos acentúa la imprecisión de su sentimiento naciente:

*¡Quiero cantar, y no sé qué! No es de palabras
esta explosión aguda que en el corazón siento;
son aromas que suenan bien, llantos que huelen
bien, son májicos ojos que se espresan con ecos...*

Para Juan Ramón, sólo la poesía puede captar la magia de estos instantes líricos, porque la poesía, como nuestras almas, no se "realiza" nunca... escapa siempre, y el verdadero poeta, que suele ser un ente honrado porque tiene el hábito de vivir con la verdad, sabe dejarla escapar, ya que... el éxtasis dinámico... de donde sale el acento esencial es forma de la huida, forma apasionada de libertad.

El elemento principal de la poesía parece ser para Juan Ramón lo que está apenas sugerido, medio evocado. Dice:

Creo en la realidad de la Poesía. Y la entiendo como la eterna y fatal Belleza Contraria que tienta con su seguro secreto a tal hombre de espíritu ardiente.

Vale, sobre todo, por lo que deja en ecos de sonidos, fragancias, emanaciones. Puede variar infinitamente, pero debe contener el elemento indefinido que Juan Ramón llama *el acento del poeta*.

La poesía tiene infinitos aspectos y sentidos, como la vida y la muerte que representa enteras. Puede encontrarse en todas partes y en todas partes se encuentra, cuando se puede encontrar. La poesía puede ser preciosa o fea, impura o virgen, alta o baja, y ser poesía. Yo creo en toda la poesía... Pero es claro que siempre entenderé de categorías. Para una categoría suficiente exijo sólo en la escritura espíritu, immanencia de lo inefable, y acento, expresión, son de lo inefable.

En suma, Juan Ramón aspira a la belleza pura que halla en una suprema armonía entre su alma y la naturaleza, y en el fijar las vibraciones de nuestra imaginación, que llama *lo inefable*.



Esto por lo que dice a la aspiración del poeta. Ahora, se puede preguntar ¿en dónde halla su inspiración? Para esta pregunta también, Juan Ramón tiene una ética que aplica primero a sí mismo, y que quisiera aplicar a todo poeta.

El poeta debe hallar su inspiración en sí mismo, y, como el cisne, cantar para sí mismo. Dice:

No hay que olvidar que el cisne canta sólo para dentro, para sí, y que como no muere nunca y no canta para morir, retorcerle el cuello era absurdo. Ni al cisne ni al buho hay que retorcerle el cuello; a quien hay que retorcérselo es a la cotorra repetidora y redicha...

...El poeta canta para dentro y para arriba y no es pensado. Es absurdo retorcerte el cuello, cisne intelectual.

Juan Ramón canta para adentro. Vive en un universo muy suyo, todo poético.

*Las cosas están echadas,
más de pronto se levantan
y en procesión alumbrada
se entran cantando en mi alma.*

De su contemplación amorosa de las cosas nace el poder de dar vida, dar personalidad a las cosas, y cuanto más puede crecer él, más crece su universo:

*Plenitud de hoy es
ramita en flor de mañana.
Mi alma ha de volver a hacer
el mundo como mi alma.*

No se contenta con identificar las cosas consigo mismo, sino que las identifica también con personas que ha querido:

*...Las flores huelen a ella;
son de un rosa triste y frívolo,
como aquel rosa con grises,
de su cuerpo florecido.*

Hasta llega a transferir a otras personas sus propias impresiones:

*Al amanecer,
el mundo me besa
en tu boca, mujer.*

Las personas, como las cosas, no serían lo que son sin ser vistas por él:

*Tú mi tú, no podrás
amar a nadie más,
pues no sabrás sin mi
lo que yo amaba en tí.*

porque él da una vida muy particular a los seres y las cosas.

Juan Ramón goza de buscar en sí lo más íntimo para dar más realidad poética a las cosas y a los seres. El recuerdo se hace un elemento principal en su visión poética. Con el recuerdo, los hechos ganan intensidad.

*Primero, ¡con qué fuerza
las manos verdaderas!
—La verja se ha cerrado
Se cruzan solitarios
el corazón y el campo—
¡Con qué porfía, luego,
las manos del recuerdo!*

Hasta se hace más poderoso el recuerdo que el hecho real.

*Cuando ella se ha ido,
es cuando yo la miro.
Luego cuando ella viene
ella desaparece.*

Luego, el poeta busca su inspiración en el "yo". Da vida a las cosas, penetra las cosas, y las cosas le penetran a él o a los seres queridos por él. El "yo" se convierte en punto central siempre. Del "yo" también sale el recuerdo para intensificar el presente, y los estados de alma que van a objetivarse en la naturaleza y a colorarla de tonos en acuerdo con el estado del "yo".

Además de conocer y vaciar su "yo", el poeta debe emocionarse ante las cosas e impregnar la poesía de su emoción, proceso que Juan Ramón llama el *acento*. El acento individual es

la penetración en la poesía de la emoción, y es intrínseca a la poesía. Dice Juan Ramón:

La auténtica poesía se conoce por su profundidad emotiva.

Ilustra él mismo lo que entiende por *acento* en su libro "Españoles de Tres Mundos", donde juzga a los poetas según si tienen o no su *acento propio*.

No lo halla en el escritor Pablo Neruda, y dice de él:

Tiene Neruda mina explotada y por explotar; tiene rara intuición, busca extraña, hallazgo fatal, lo nativo del poeta; no tiene acento propio ni crítica llena... Encuentra la rosa, el diamante, el oro, pero no la palabra representativa y trasmutadora; no suplente el sujeto o el objeto con su palabra; traslada objeto y sujeto, no sustancia ni esencia. Sujeto y objeto están allí, y no están, porque no están entendidos... Habría que cambiar aquello por la propiedad del alma de cada ser o cosa, que el coleccionista no ha podido poner porque no tiene el soplo verbal que corresponde a cada parte de la unidad, ni el de la unidad; no puede encontrar la unidad circundante, porque no la tiene en sí mismo.

.....

No tiene calidad Neruda porque no es estático, ni dinámico, sino sólo estanco... No es posible confundir tampoco su verso... con el de Whitman, saturación de esencia, sustancia, estilo y sobre todo consciencia... No es... [como Whitman] un consciente profundo de lo subconsciente, un castigador que sume y funda sorpresa y poder, con la entrada aquí y allá de lo inefable, en un verdadero, subyugador, resuelto "realismo mágico".

En cambio encuentra un *acento* y verdadera poesía en Eugenio Florit.

El crisol donde su raíz funde melancolía y saca esencia,

lo guarda, se ve bien, en lo eterno mejor. Y así está salvado el hombre en gracia.

Por donde Eugenio Florit venga o vaya, sordo al grito, anda por una senda apartada de estatuas y lirios, agudizado su mejor oído al más fino acento. Esquisito de nacimiento, gris sencillo por suerte para él, está en la estirpe perpetua de la inmanente aristocracia poética y humana.

Es en el ensayo "Crisis del Espíritu en la Poesía Española Contemporánea" donde hace Juan Ramón su más honda exposición de la importancia de la emoción y del acento en la poesía.

Nota que se está perdiendo el espíritu en la poesía de hoy, debido a cierta influencia, que según su descripción parece ser el modernismo. Dice:

Se va perdiendo el espíritu... para dar paso al ingenio, una inteligencia juguetona... livianamente optimista, con gran lujo de moda...

El poeta se ha vuelto "un ingeniero inútil, desarraigado por su internacionalismo", y la poesía se ha hecho artificial y fundamentada principalmente en las técnicas.

Esta poesía, con carácter conceptual y culterano acentuado, se viste de un aparente dinamismo, pero "...la dinámica verdadera es de fuera a dentro; el dinamismo del corredor es externo, superficial, disperso".

La poesía no puede existir, si no se vierte en ella el alma del poeta:

Como todo nuestro ser se funda en el espíritu del que la materia es sólo retén, la poesía de nuestro ser, la poesía, al perder de nuestro espíritu, de su espíritu, pierde integridad, pierde ser, se hace cosa mueble, adjunta, objeto separado de vitrina, ciencia pura o arte puro, no poesía pura. Poesía pura no es sino poesía libre, poesía dominadora, envolvedora, asimiladora, escondedora de su fondo.

El espíritu es la única realidad del hombre y de la poesía:

¡El espíritu, espíritu del poeta, del crítico, del lector! Y éste es, sin embargo, la vena secreta inagotable, el pozo íntimo, tapado, el corazón frenético, oculto. La fuente está siempre viva...

Señala a los hombres que han sabido traducir su espíritu por la poesía:

Dante, San Juan de la Cruz, Shakespeare, Petrarca, Garcilaso, Fray Luis de León, Goethe, Keats, Poe, Shelley, Baudelaire, Whitman... todos grandes en lo esencial... no pasan ni cansan nunca... No cansa nunca lo que se mueve armoniosamente de dentro a fuera, lo que inicia, en círculos de alma rítmica... No cansa al amante el cuerpo determinado por el alma, la forma humana con línea y color de espíritu, la "presencia y figura" del enamorado.

Para satisfacer al hombre, que anhela lo espiritual, lo único real, el poeta debe infundir su acento en su poesía.

El poeta individual, su sola poesía, han de contenerlo todo: sentimiento, imagen, pensamiento, ritmo, abstracción, color, anécdota, etc., y todo expresado con acento, con voz propia. El acento es lo verdaderamente distintivo del poeta individual, el poeta. Un verso octosílabo o endecasílabo, por ejemplo, aunque tenga las mismas sílabas o los mismos acentos gramaticales, son completamente distintos entre sí según los traten diferentes poetas de acento, poetas auténticos, milagrosos, fatales: un Garcilaso, un San Juan de la Cruz, un Bécquer. Y el verso libre, o el soneto, por ejemplo, son iguales entre sí y ninguno poesía sola si los tratan talentados albañiles sin acento.

Juan Ramón reduce el rango de los albañiles a los poetas como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Dámaso Alon-

so, porque carecen de acento, carecen de éxtasis espiritual, dinámica espiritual, emoción espiritual. Su poesía es como *encaje hecho a máquina* (precioso de antipática perfección). No hay en ellos individualidad, porque no hay espíritu.

Sin emoción, sin amor, sin espíritu poco vale la poesía por mucho que cueste; está al alcance de cualquier culto o listo, poseedor de tal ventaja viajera, lingüística, libresca, tales secretos filológicos, alcohólicos o jugadores del arte o del amor. Ni el amor ni la poesía se cambian ni se perpetúan con receta, por peliaguda que sea. Sólo con volver a amar de veras, con volver a poetizar de veras, se es nuevo en amor o en poesía. El amor y la poesía no se aprenden, no se copian sobre todo. La poesía se poetiza y el amor se ama.

El concepto que tiene Juan Ramón de la poesía es completamente intuitivo. La poesía es un algo irracional, un producto de nuestras emociones, y no se piensa, sino que se intuye.

Y para intuirlo hay necesidad de tener integridad perfecta. Juan Ramón se ha dado cuenta de que sólo cuando el hombre se olvida de sí mismo, es decir, de su importancia o no importancia ante los ojos de los demás hombres, sólo entonces es cuando puede producir algo verdadero y valioso. El poeta debe vivir sólo para este fin. Juan Ramón merece la admiración de los hombres porque ha comprendido esto y ha vivido de acuerdo con ello. Dice él:

...yo procuro hablar claro siempre, decir lo que pienso, sin temor a nada ni a nadie, porque empiezo siempre por no tenerme a mí mismo y no tomarme demasiado en cuenta. A mí no me... ha interesado nunca la glorificación externa... sino la comprensión íntima, el amor bastante... Yo creo sólo y plenamente en la poesía como amor, ideal de vida, espíritu; como gracia única.

Para alcanzar tal integridad hay necesidad de retraimiento. El poeta debe apartarse de los demás, y hacerse, dice Juan

Ramón, *el creador de un astro no aplaudido*. No tiene que mezclarse en tertulias literarias, ni preocuparse de hacerse conocer porque: *El poema no se prueba con los oídos, sino con los ojos y sobre la letra o su visión interior. Es necesario ver al poema, no al poeta.*

Juan Ramón va a exigir aún más del poeta. Además de alejarse de la vista ajena, debe también alejarse de la opinión ajena. Que sea favorable o no, ésta no debe quitarle nada al hombre creador que debe vivir en la seguridad de su propio mundo.

Juan Ramón ha tenido siempre un horror al ruido —tal vez porque ve en él un sinónimo de la vida exterior.

Siempre ha querido vivir en el silencio.

Qué viejo (¡qué usado!) es siempre el ruido. Pero tú, silencio mío, eres siempre nuevo y original.

No siente ninguna necesidad de gastarse en actividades exteriores, porque, para él, la verdadera vida es la de la creación.

Nuestra vida no sería nunca cansada, vulgar, tristonra, perezosa ¡feal! si pensáramos, cada instante, que estamos integrando lo desconocido.

Ha desarrollado este interior vivir hasta tal grado, que la soledad es una verdadera alegría para él:

*¡Siempre, después, qué contento
cuando me quedo conmigo!
¡Lo que iba a ser mi minuto
fue, corazón, mi infinito!*

La soledad, pues, además de proteger al poeta de la tentación de la gloria personal, es un gozo en sí.

Su soledad tiene otro valor, todavía —engendra tristeza, y la tristeza para Juan Ramón es otra fuente de inspiración poé-

tica. Ha hallado muchos de sus versos en su tristeza. Es de ella que proviene la suavidad, la ternura, la nostalgia, el tono siempre menor de su verso. Quisiera que hubiese tristeza en todo poeta. En su bosquejo de Eugenio Florit, ya visto, decía: "Esquisito de nacimiento, gris sencillo por suerte para él..."

Sobre el valor de la tristeza, dice:

Las generaciones actuales eluden, sistemáticas, la tristeza como depresiva. Yo no creo que sea depresiva la tristeza necesariamente. Puede ahondarnos más y debemos sacar de ella temple en vez de entregarnos, como algunos románticos del siglo XIX a su veneno. El veneno es tónico a veces y otras lo espulsa la lágrima...

Efectivamente se ha visto que Juan Ramón no cae en los excesos de la sensibilidad, porque siempre entra en juego su sentido estético y su intelecto sintetizador.

La tristeza, además, puede traer serenidad.

La alegría, como la tristeza, ha de ser serena. En esa cumbre de la serenidad se encuentran las dos. La tristeza serena es una forma superior de vida, como la serena alegría. Hay que buscar el equilibrio entre lo alegre y lo triste y encontrarle a cada extremo su valor. De la fuente de la tristeza surten también aguas riquísimas de amor, de paz y de dicha.

Cultiva la tristeza, pues, como valor en sí, así como cultiva la soledad que causa esta tristeza. El mismo ha admitido que:

La tristeza que tanto se ha visto en mi obra poética, nunca se ha relacionado con un motivo más verdadero: la angustia del adolescente, del joven, del hombre maduro, que se siente desligado, solo, aparte, en su vocación bella.

Llora, pero no se arrepiente de haber sido como un huérfano en medio de la vida.

Encuentra tanto gozo estético en su tristeza como en su soledad:

*Alma mía en dolor
(¡qué brillos misteriosos!)
perla en la sombra.*

En resumen, la soledad y la tristeza son condiciones muy favorables para la inspiración del poeta, que se alimenta de la introspección, el descubrimiento de los aspectos afectivos y sentimentales del "yo", y se resuelve en la emanación del *acento*, del espíritu —Poesía.



¿Cuáles son los principios que van a regir la expresión de la poesía? Sobre esto también Juan Ramón tiene ideas muy precisas.

Ha de haber la unificación de lo espontáneo y consciente. Dice:

Que una poesía sea espontánea, no quiere decir que, después de haber surgido ella por sí misma, no haya sido sometida a espurgo por la conciencia. Es el solo arte: lo espontáneo sometido a lo consciente.

La poesía debe nacer de la emoción, pero ésta debe ser detenida, controlada, purificada. Dice: *Hay que unir lo nervioso y lo perfecto, como el agua corriente*, para alcanzar la pureza al mismo tiempo que la fantasía, el sentimiento o la idea.

El poeta debe vigilar, y cuidar su obra para que sea: *Más que la creación consciente, la crítica eficaz de lo espontáneo.*

Juan José Domenchina ha hecho un análisis muy logrado de este proceso:

"En principio, un poema es siempre una intuición cabal. . . Depurar un poema no es, pues, perfeccionar intrínsecamente

un hallazgo, sino prescindir de las impurezas que la transcripción precipitada de tal hallazgo impuso... El logro auténticamente poético es siempre una intuición o sorpresa personal, incommunicable... Pero el poeta no... debe ser sólo poeta". Tiene que ser también hombre y como hombre ver la necesidad de discernir, de aprehender y de aislar su hallazgo. Se debe situar al margen de sí mismo y ceder su puesto al escritor que actuará como escritor y lector conjuntamente. ¹

El creador debe conciliar la intuición poética, sólo para él asequible, y el deber de transferir su hallazgo. ¹

Ya se ha visto cómo el hacerse comunicable ha sido siempre una preocupación de Juan Ramón. Su mayor inquietud es establecer el equilibrio entre el instinto y la inteligencia. Poesía ha de ser "instinto cultivado", y en unos momentos de la creación es preciso dejarse dominar, mientras que en otros es preciso dominar. Por haberse esforzado en contrapesar cuidadosamente las dos fuerzas ha logrado apartarse del emocionalismo desbordante, o de la oscuridad que podría resultar de una subjetividad que no fuese bastante vigilada.

Hay una evolución muy significativa en la forma depurada de un poema "Mayas", que Juan Ramón escribió impetuosamente, en un principio, y que transformó y depuró a lo largo de diecisiete años. En 1900, en su forma inicial, apareció así:

*Por los húmedos campos, por los campos callados
que la Estrella del Alba baña en albos fulgores,
coronadas de lirios de tranquilos olores,
van las Mayas envueltas en sudarios nevados.*

*Con los cándidos ojos dulcemente entornados,
al compás embriagante de sus harpas de flores,
van las Mayas, cantando a los puros amores
y a las almas virgíneas, blancos himnos sagrados.*

¹ Domenchina, Juan José. *Crónicas de Gerardo Rivera*, págs. 17-18.

*De repente el Sol áureo, con sus labios ardientes,
da a las Mayas un beso en las púdicas frentes,
inflamado en deseos de un amor bacanal...*

*Y por él perseguidas se refugian llorando
en el bosque sombrío, en pos suyo dejando
una estela de aromas de frescor virginal...*

En 1917, el poema se ve transfigurado:

*Por los húmedos campos,
que encristala el lucero matutino,
van cantando las mayas,
coronadas de lirios.*

*El sol salió tras ellas,
mal sátiro encendido,
por prados y por viñas,
hasta el pinar vecino.*

*...Se evaporaban, puras,
cual gotas de rocío,
dejando la mañana
olorosa a candores perseguidos.*

Aquí se ve cómo a menudo que la inteligencia domina la espontaneidad del instinto, el verso se hace más sucinto, más sencillo, más puro. Por ejemplo, la palabra *encendido* refiriéndose al sol, toma el lugar de *labios ardientes... un beso... inflamado en deseos de un amor bacanal*; y las Mayas se evaporan, en vez de refugiarse llorando y perseguidas.

Aquí tenemos una visión de lo que sería el poeta indisciplinado, y podemos apreciar el esfuerzo que ha hecho para refrenarse. Juan Ramón, en su creación, se detiene en medio de su emoción para extraer la palabra justa, sola, que destile nada más la esencia del sentimiento, la esencia de las cosas.

¿Cuál será entonces el mejor medio de acercarse a las esencias?: la sencillez. Juan Ramón dirá siempre *sencillez en vez*

de arte. Para él poesía desnuda es poesía pura. Muy bien expresa esta idea Juan José Domenchina, diciendo: "Si el desnudo existiese en los versos, diríamos que las canciones de Juan Ramón son canciones paradisíacas, desprovistas de ropaje".¹

Quiere despojar, Juan Ramón, el verso de toda artificialidad, porque sólo en la sencillez, en lo natural, halla lo verdaderamente poético y verdaderamente bello. El escribir debe ser tan natural como el hablar:

*Quien escribe como se habla, irá más lejos, en lo porvenir,
que quien escribe como se escribe.*

Quien busque una manera de escribir perderá su pureza, su poesía.

Sitúa Juan Ramón la poesía encima de toda forma de arte literario:

La literatura consigue belleza relativa y sin gracia sustancial; el realismo donoso intermedio, belleza suficiente con onda sensual; la poesía, belleza absoluta con gracia trascendente.

porque sólo la poesía permite la sencillez y la pureza, que hacen posible alcanzar la belleza absoluta.

La literatura, que depende, como escritura necesaria, de los ojos, lo mismo que la pintura, será decorativa, ingeniosa, estérna, porque no está creando sino comparando, comentando, copiando

La literatura, por perfecta que sea, siempre es artificial. Por la literatura se puede llegar a la belleza relativa, pero la poesía está muchos más allá de la belleza relativa y su expresión pretende la belleza absoluta. No se llega a ella nunca si su reino

¹ Domenchina, Juan José. *Nuevas Crónicas de Gerardo Diego*, pág. 108.

no se pone en contacto con nosotros, si ella no viene a nosotros, si no la merecemos con nuestra inquietud y nuestro entusiasmo.

Por "literatura", creo que Juan Ramón entiende "literatura artificial", o no la juzgaría tan severamente. Hay literatura que no pretende a la belleza, sino que tiene el propósito de representar a la realidad de una manera objetiva. Mucho de esta literatura tiene tendencias sociológicas, y aunque no anhela la belleza absoluta, no es de ningún modo artificial, ni falsa. Es solamente lo que se podría llamar "literatura despreocupada".

Los que critica Juan Ramón son los literatos que emplean la literatura para crear cierto efecto —que sea sonoridad, sorpresa, ingenio, voluptuosidad, lujo—, pero que deja de alcanzar la belleza absoluta porque es toda externa y carece de valor espiritual. Para Juan Ramón no pueden existir lujo y espíritu de una vez. El lujo ahoga el espíritu en la Poesía.

La poesía puede ser sólo intrincada, difícil, que la ampulosidad no es propia de la idea, del espíritu, sino de la palabra y la pluma.

Al revisar la literatura de España, Juan Ramón advierte que la única poesía verdadera, la única que traduzca el sentir del pueblo ha sido la de los místicos. Sólo ellos han trascendido lo falso en España. Juan Ramón halla mucho falso en España. Dice que es un país falsamente religioso, católico más que cristiano. De aquí se supone que halla al místico verdaderamente religioso, porque éste trasciende las manifestaciones externas de la religión.

A primera vista, se podría notar algo de contradictorio en estas observaciones de Juan Ramón. Si los místicos traducen el sentir del pueblo, es que el pueblo también ha de ser genuinamente religioso. Por consiguiente, cuando Juan Ramón dice que "España es un país falsamente religioso", entenderá por la palabra España cierto elemento social y externo en España, y no el pueblo en general.

En literatura también, es falsa España, falsa desde la época del barroquismo, de la afectación. Juan Ramón advierte que la literatura desde Góngora a Valle-Inclán es “toda rito, aparato, superposición, de exagerado atributo: falsa aristocracia visible”, y no representa al pueblo que es el verdadero poseedor de la poesía. Dice: “El pueblo... ha andado siempre por debajo... dueño natural en la sombra, de los mejores secretos de la vida, poesía y muerte”.

Entre los místicos, San Juan de la Cruz, “de pobre cuna y ruiñón siempre escondido”, es el poeta que para Juan Ramón representa mejor la poesía.

Admira desde luego a Bécquer. Aunque sea romántico y tenga algo de una sensibilidad tal vez no siempre bastante contenida, posee un acento verdadero. Es notable la semejanza de los pensamientos de los dos poetas en cuanto a la poesía. Como Juan Ramón, Bécquer vio dos poesías muy distintas. Una, producto hermoso del arte, la otra producto natural y desnudo del alma. La última fue la que quiso siempre crear.

Con Góngora empieza el período en el que lo que escribió la mayoría de los poetas era la antítesis de lo que Juan Ramón entiende por poesía. Su juicio sobre Góngora es de los más duros:

Góngora... el pedante mayor de la España literaria, desde sus años infantiles... Sabe mucho griego y mucho latín, mucha historia, mucha mitología, roba y cita de todos los poetas anteriores, escribe sonetos con versos en tres idiomas. La lengua es en él siete veces maravilla, siete veces lengua, exaltadora, con ripio magnético, de la plástica, el color, la armonía. Se quema los ojos en los libros, ve todas las luces menos la de lo invisible. Es un ejemplo de un autor que quiso hacer lucir su poesía, y ésta resultó hueca y estéril.

Además de luchar contra los barroquistas, Juan Ramón lucha contra los retóricos. Llama a Unamuno: *un encendido retórico de dios*; y de las musas, y a Jorge Guillén *un director jeo-*

métrico de una orquesta reducida de instrumentos nobles. Dice de los retóricos:

Les sobra el neoclásico virtuosismo de la redicción, les falta la embriaguez, la emanación, el acento, lo natural mejor; naturalidad en lo gracioso, lo sensual, sobre todo en lo difícil.

Para preservar la naturalidad, es menester evitar la imitación de otros autores. Juan Ramón ilustra, con el caso de José Asunción Silva, el daño que puede hacerse un poeta que quiere adoptar otro estilo que el suyo. Dice que éste hubiese sido un gran poeta si hubiera escuchado su voz interior, como lo prueba su "Nocturno". Pero, por querer imitar a los poetas de París, se convirtió en un dandi provinciano, vacío y ridículo. Dice Juan Ramón:

Mal está siempre el dandismo, sobre todo el dandismo exteriorizado, en cuanto es representación inútil, teatralidad fuera de tiempo y espacio, estravagancia en la vida cotidiana... Lo natural, lo sincero nunca es cursi, es cursi lo refigurado, no es cursi el "sentimiento" juvenil; podrá ser injenuo, inocente, simple si se quiere. Bécquer no fue cursi porque no fue esnob, dandi; Silva sí por su parodia ligera de París, hasta por la manera de matarse ante los demás.

En la imitación perdió la naturalidad, la sencillez, y la poesía. El "Nocturno" es el único poema que se puede llamar poesía porque es, dice Juan Ramón, *poesía desnuda... Es poesía escrita, casi no escrita, escrita en el aire con el dedo... lo guardo en mí, alma y cuerpo, para siempre y siempre que me vuelve me embriaga y me desvela.* La poesía no adquiere realidad, fondo, si no brota del ser con naturalidad, es decir, con sencillez. Esta es una cualidad intrínseca de la poesía. La verdadera sencillez, se halla sólo en la poesía, y la verdadera poesía se logra sólo con la sencillez.

Aunque Juan Ramón desee una poesía sencilla, no por eso quiere una poesía clara o evidente. Para él, lo sencillo es: *Lo*

conseguido con los menos elementos, es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo. Por lo tanto, una poesía puede ser sencilla y complicada a un tiempo, según lo que pretende expresar.

Quiere que el verso sea evidente y secreto como el diamante, como el agua, como el desnudo, como la rosa —es decir, evidente por su belleza y secreto por su significación. Cree que la poesía debe tener una apariencia comprensible, pero guardar en su interior un algo misterioso que no contente la curiosidad completamente. Sitúa el valor emocional de la poesía ante el valor intelectual. Dice: *Basta que se tome del sentimiento profundo, que se contaje del acento, como se llena de la frescura del agua corriente, del color del sol y la fragancia de los árboles; árboles, sol, agua que ni el niño ni el hombre ni el poeta mismo entienden en último término lo que significan.*

Afortunadamente, Juan Ramón no quiere conservar este algo misterioso más que en un grado mínimo. Se opone resueltamente a la poesía como la de Góngora, donde hay tanta resistencia a la inteligencia que cuando se llega, después de mucho trabajo, al fondo, ya se han esfumado los elementos poéticos.

Aun si se ha de conservar en una cantidad mínima, yo dudo de si existe realmente un valor estético en el misterio, en el sentido de oscuridad, del verso. Si esta oscuridad corresponde a una vaguedad, una imprecisión de sentimiento o de pensamiento en el autor —entonces tiene una realidad psicológica. Si la oscuridad es voluntaria, es decir, si está creada para mayor efecto del verso, entonces quita valor, en vez de darlo, puesto que no tiene realidad en sí misma. En vista de los altos principios del credo estético de Juan Ramón, es evidente que cualquiera oscuridad que haya en sus versos no está creada para un efecto, sino que es más bien parte de la realidad psicológica de él mismo, y tiene su propio valor por brotar de y revelar el alma del poeta.

Otro elemento indispensable a la expresión del poeta es el constante perfeccionamiento de la obra. Juan Ramón vive verdaderamente obsesionado por corregirse y purificarse día tras día. *El poeta, dice él, debe ser el hombre que arde siempre,*

que arde como una llama viva, que está siempre ardiendo... El poeta debe estar siempre sobre sí mismo, depurándose, renovándose, elevándose.

La obra debe marcar el mismo progreso del poeta, puesto que ésta surge de su intimidad.

Mientras vive el poeta, dice Juan Ramón, el libro; la obra tienen que reflejar una mudanza constante, progresando en grados de excelencia. Tanto como crece el poeta, tanto debe crecer la obra.

Debe explicarse que, cuando habla de perfección, Juan Ramón entiende lo completo, lo que tiene lo que debe tener. No cree en la existencia de la perfección, ni la quiere. Dice que lo perfecto no se consigue, porque nada se acaba. Además lo perfecto nos aburriría, porque es lo muerto. Pero sí cree en el crecimiento del hombre y del verso. En cuanto que se ensanche, enriquezca, complete el pensamiento del hombre, tanto más lo deberá reflejar su verso.

Pero aún más que el progreso, la obra, así como el alma del poeta, debe formar una unidad. La obra entera debe ser como un poema solo "en que cada instante rinda su tributo necesario al conjunto. Todas las poesías de un poeta son fase de una sola poesía". Por eso es necesario revisar constantemente cada verso, de seleccionar y de rechazar.

La fuerza de rechazar, dice Juan Ramón, mide la capacidad moral de un hombre, en el orden de la conducta; mide la verdad de su estilo, en el orden del arte; mide, finalmente, en el orden de su vitalidad, el peso de su creación. Por eso parece que se queda aislado todo el que escoge; algo recluso. Sólo se le ve en ciertos sitios —los sitios ciertos—. Sólo habla con ciertos amigos —los amigos ciertos—. Sólo publica ciertos libros —los libros ciertos—. Vive en lo fundamental: "Piedra y Cielo". Busca sólo lo fundamental: "Eternidades".¹

Ya se ha visto cómo se transformó el poema "Mayas" por la aplicación de este principio. Juan Ramón quiere que su poe-

¹ Reyes, Alfonso. *Los Dos Caminos*, pág. 72.

sía refleje su modo de sentir, ahora, en el presente. Por eso tuvo que eliminar de su obra sus primeros versos "Almas en Violetas" y "Ninfeas", y el libro "Laberinto", por no ser representativos de su manera de sentir. Y hasta la fecha está todavía en la labor de escoger lo que va a considerar la Obra y, antes de acabar esta tarea, no quiere que se publiquen ningunos de sus poemas en ninguna antología.

Halla tan difícil la selección de los versos que serán los más bellos porque más sinceros, más verdaderamente de él, que quisiera que una antología se llame una *antología de momentos transitorios*. Para él las poesías escogidas no tienen valor sino sólo en el momento en que son elegidas.

La verdadera selección poética sería aquella —¡qué imposible!— que representara sintéticamente la serie de los sentidos más bellos de cada poesía, es decir, de los instantes mejores, más agudamente bellos de la vida de un poeta.

La obra y la vida de Juan Ramón son una misma cosa, y si él cambia, la obra tiene que sufrir el mismo cambio para ser siempre un reflejo fiel del alma del autor. El ama la obra como a sí mismo, y de ahí la necesidad de perfeccionarla incesantemente. Dice: *el volver o no sobre la obra propia, es sólo un problema de amor*. No trabaja para ojos ajenos, sino por amor a la obra y por el gozo que siente al ver lo que ama perfeccionado, al ver sólo la *palabra justa, la más directa y cercana; pero ésa (sin rebusco) ¡qué escogida!*

Además, goza de recrearse en lo escogido de su obra; goza de definirse, de concretarse, de eternizarse en sus versos. Más que una cosa vivida, su obra es una cosa viviente. De aquí la perfecta unidad poética de ella.

Día tras día, mi ala

.....

*me entierra en el papel blanco.
...¡De él, ascua pura inmortal,
quemando el sol de carbón
volaré refigurado!*

Someter, pues, la inspiración a la sobriedad, despojarla de todo ornato para liberar el acento personal, y constantemente depurarla hasta llegar a la Belleza Pura—estos deben ser los medios de expresión del poeta.



Afán de llegar a la Belleza Pura, inspiración en la subjetividad y el alejamiento, comunicación con sobriedad, sencillez—aquí está brevemente toda la estética de Juan Ramón. Importa ver ahora qué es lo que ha encontrado con estos principios...



HALLAZGOS

Para una valoración completa de Juan Ramón Jiménez, quisiera considerarlo primero como poeta y luego como pensador. Pero, como en él, poeta y hombre son un mismo ser, se dificulta mucho distinguir sus nuevos aportes a la técnica de la poesía, sin relacionar éstos al pensamiento del poeta. Por insatisfactoria que resulte una distinción voy a intentarla, sin embargo.

Va a considerarse primero lo que Juan Ramón ha contribuido a la técnica de la poesía.

Juan Ramón aporta un concepto nuevo de la imagen. Llega a ser más que la comparación de una cosa a otra, más que la metáfora. Es la creación directa de una belleza pura. Nace de la imaginación como una cosa en sí, que tiene valor y existencia por sí misma. Por ejemplo, lleva a su pobre Platero al arroyo para que *el agua corriente le lama, con su larga lengua pura, la heridilla*; y amonesta a la pasión: *¡Que no entre en mí más, ...extraño pajarraco súbito, su vuelo torvo, loco de veneno!* Así, más que visión para los ojos, la imagen se ha hecho idea interior. Por medio de ella, Juan Ramón puede realizar todo su mundo imaginario. Quiere que lo imaginario tome la apariencia de lo real:

Tanto como que una cosa sea, hay que gozar que "haya podido" ser.

También ha aportado un concepto nuevo del ritmo. Aunque empieza primero con el romance, adopta luego el alejandrino para enriquecerse, para luego complacerse más con el verso libre—siempre el ritmo responde a su emoción. Además del

ritmo de los versos, se siente el ritmo emocional del poeta. Muchas veces no hay ningún ritmo métrico—sólo el ritmo del sentir del poeta.

Su concepto de la musicalidad, aún, es distinto. No se preocupa, excepto en momentos aislados de la influencia modernista, de buscar palabras ni rimas con cierto efecto auditivo, y emplea el asonante en vez de la rima para lograr una armonía sutil, más bien que sonora. Su música, como su ritmo, nace del alma. Está tan enredada con la idea, con el ambiente subjetivo del verso que no se percibe—se adivina.

Otro valor nuevo de Juan Ramón es la eliminación de todo artificio en la poesía. Sólo emplea una imagen cuando cierta emoción suya la hace surgir. No elabora, a la manera gongorista, metáfora sobre metáfora, para el placer de los ojos. Juan Ramón no quiere más que gozo emocional e intelectual—gozo del alma y no de los sentidos. Quiere estilo —no estilización— y considera el estilo como *carne del espíritu*, es decir, como intrínseco del alma del poeta. Por eso, emplea las palabras más sencillas y los temas más humildes—más susceptibles de revelar el fondo del alma del poeta.

Además de eliminar el artificio, Juan Ramón se ha deshecho de lo accidental para llegar a lo esencial. Cuando describe un paisaje otoñal, no es el otoño lo que pinta, es la tristeza. Se sirve del otoño para dar forma a su tristeza. Esta es lo verdaderamente inherente del otoño y del poeta. La rosa no es una flor con tal y tal característica—es o suavidad, o belleza, o fuente de dolor:

ROSA

*Sólo eres tú
(aquella tú)
cuando me hieres.*

El agua es tristeza y alegría:

Tienes alma de agua...

.....

*¡Qué alegre cuando vienes a mí llena!
¡Qué triste cuando exhausta te me escapas!*

El poeta despoja las cosas de los detalles para llegar al fondo, a la esencia.

Juan Ramón busca la esencia también en los seres. Lo ilustra su caracterización de Carmen Cossío en "Españoles de Tres Mundos":

Su corazón grandote, granada abierta, baila un torbellino de música y colores... Si se le tendiera una cuerda de pies a cabeza sonaría todo su vibrante ser como un jeneroso violoncelo.

Nada de accidente—todo es fondo, todo es esencia.

Un mérito especial de Juan Ramón es el haber logrado una poesía emocional y contenida al mismo tiempo. Sus versos alcanzan lo perfecto de la forma de los impresionistas, pero no lo son, gracias a la emoción que vibra adentro. Ha sabido medir la emoción—y conservar su intensidad al mismo tiempo. Castiga la palabra cuando ahoga la emoción, y castiga la emoción cuando se hace elocuente, romántica en exceso, palabras vacuas. Sintetización de la palabra, sintetización de la emoción—esto es el secreto de la expresión sobria, de sumamente buen gusto, de Juan Ramón.

Con lo que Juan Ramón ha contribuido como pensador, se puede resumir en estas palabras: Amor a lo fundamental. ¿En qué consiste para Juan Ramón lo fundamental del mundo, del hombre, del universo?

En el mundo, lo fundamental es lo cotidiano, lo humilde, lo que circunda al hombre del campo, lo que Juan Ramón llama lo popular. El grito de los niños, el mugir del establo, el tibio olor a hogar, el humo celeste y blanco—ésta son las cosas que merecen la atención del poeta. Dice Juan Ramón:

¡Primero segundos lugares! ¡Terceros primeros lugares!

Va a buscar las cosas y los lugares recónditos, desconocidos que para él tienen valor estético porque se hallan en su estado natural. Quiere hacer vibrar en sus versos la belleza de la naturaleza que muchos han olvidado:

Conocí a uno tan olvidado del agua clara, que la tomaba por cosmético.

Vistas por los ojos de Juan Ramón, estas cosas tan ordinarias para la mayoría de los hombres, se subliman y se hacen fuentes inagotables de gozo estético.

La gran poesía, dice Juan Ramón, ¿no es, no será siempre la que funde lo popular con lo "aristocrático" en una suma de naturaleza y conciencia; no estará siempre dominada por el espíritu?

Sea como sea, la mejor poesía española viene intentando, más conscientemente que nunca, aunque con diverso éxito, unir lo popular y lo "aristocrático" (unión que ya fue conseguida en el mejor Romancero, en Jorge Manrique, en San Juan de la Cruz, en Gil Vicente, en Bécquer), no en una clase media lírica, sino en una sobreclase permanente, de fresco espíritu natural por lo popular, supremo por idealista.

Más fundamental todavía es la naturaleza porque existe en su estado puro—sin ninguna influencia humana. Fundiéndose con ella, el hombre puede hallar consuelo:

*Yo no sé lo que tiene la luna,
que acaricia, que duerme y que calma,
y que mira en silencio al rendido,
con inmensas piedades de santa.*

Juan Ramón halla una ternura en la naturaleza, que en realidad no es sino la proyección de su propia ternura, y así, por armonizar la naturaleza con sus sentimientos, logra calmar sus penas, contentar sus anhelos, y llega a una completa serenidad.

Sólo en la naturaleza libre, como todo está siempre a mi buen gusto, me siento en mi propia casa.



En cuanto al hombre, Juan Ramón discierne en él un elemento fundamental que llama *aristocracia*—pero no quiere decir aristocracia en un sentido social, sino aristocracia del hombre, del individuo. Cuando dice que debemos cultivar la aristocracia, se refiere al cultivo de la personalidad, no de una clase.

Según su entendimiento de la palabra, *somos aristócratas por ascender o querer ascender a un ser que todos debemos estar creando, porque estamos aspirando a crear, y creando nuestro yo superior, nuestro mejor descendiente. Aristocracia es sinónima de perfeccionamiento. El que anhela ser más es aristócrata.*

Para *ser más* el hombre deberá preservar su *naturalidad*, es decir, vivir sin afectación, ser no más en los ojos del mundo de lo que es en sí.

El hombre debe aparecer en todas partes como es, como lo han hecho su cultivo y su cultura, sin concesión al medio ni a la moda cuando la concesión no esté en su propio convencimiento. Juan Ramón nombra a Gandhi como cumplido aristócrata. Yo nombraría a Juan Ramón. Sintió que para su creación artística necesitaba alejarse de los hombres, y vivió una vida retraída, dedicada enteramente a la creación en el silencio. Manera de vivir no convencional, pero apropiada a su propósito.

Además de obedecer a su herencia, el aristócrata deberá guiarse por los mejores sentimientos, es decir espiritualizarse. El hombre, dice Juan Ramón, debe alcanzar su más alto cultivo. El hace además una distinción entre cultivo y cultura. Cultura es lo que absorbe el hombre con su mente, cultivo es un trabajo espiritual por el cual el hombre llega a los valores más altos. Luego, el cultivo del hombre será más importante que su cultura.

Como ya se ha visto en la consideración previa de la poesía de Juan Ramón, siempre deben predominar el espíritu y los valores espirituales en el hombre. En sus caricaturas líricas de “Españoles de Tres Mundos”, Juan Ramón hace resaltar el lado espiritual del hombre.

En Eduardo Rosales, por ejemplo, la voluntad lo es todo. Su deseo de pintar es tal que lucha perpetuamente con, y domi-

na la enfermedad. *Vocación, poderío, voluntad gigantes, alimentados con la totalidad de una débil tierra carne.*

En medio del dolor más hondo, aun, el alma puede conservar la serenidad: *Rosalía de Castro, lírica gallega trágica, desesperó, lloró, sollozó siempre, negra de ropa y pena, olvidada de cuerpo, dorada de alma en su pozo propio.*

José María Izquierdo es todo espíritu. *A la tierra casi no llegaba nunca. Echaba luz;... luz su mirada ancha...; luz el desnudo pensamiento, estrella de su mente buena; luz toda su inmaterial, su sal delgada, su "angel" triste.*

Francisco Giner de los Ríos, por su intensa vida espiritual, se ve como una llama condenada a la tierra, llena de pensativo y alerta sentimiento; *el espectro sobrecogido, ansioso y dispuesto de la pasión sublimada, seca la materia a fuerza de arder por todo y a cada hora, pero fresca el alma y abundante, fuente de sangre irrestañable en un campo de estío.*

Es evidente que Juan Ramón acentúa decididamente el carácter espiritual de los individuos que describe. Otro escritor nos hubiera dado unos rasgos del aspecto físico, de los hábitos o idiosincrasias de los personajes. Pero Juan Ramón prefiere ir directamente al fondo del individuo y sacar lo que es más real, más fundamental en él—el espíritu.

A la sencillez natural del vivir y al cultivo profundo del ser interior, Juan Ramón añade otra condición que le parece fundamental del hombre—es la libertad. Para su pleno desarrollo espiritual, el hombre debe ser libre. Por eso, Juan Ramón ha decidido quedarse en el destierro, aunque haya sido invitado por el presente gobierno español para regresar a su España, que él ha extrañado tan profunda y largamente. Juan Ramón indica francamente sus sentimientos políticos y la imposibilidad en que se ve el hombre liberal de optar entre uno u otro partidos políticos de España.

Yo, dice él en "Aristocracia y Democracia", *no quiero... ni la falsa España imperialista, ni la falsa España comunista... Todos sabemos que la imperialista vive en una hueca y aparatosa mentira, que es literatura retórica; y la otra, ¿quién cree que*

es la plena y modesta verdad, poesía? Detesto el fascismo y el comunismo dictatoriales. Mi hombre superior no es dictador ni imperialista, sino un hombre humano, expandido de amor, delicadeza y entusiasmo, que es, en sí mismo, toda una humanidad superior.



Lo fundamental en el orden cósmico, como se ha de suponer con lo que se ha visto anteriormente del pensamiento de Juan Ramón, es lo espiritual. La naturaleza, las cosas, los seres—todo se resuelve a una sustancia espiritual. Se debe decir que en su concepto de un mundo espiritual, Juan Ramón decepciona en algo, él que busca una verdadera filosofía. Hay muchas facetas en el mundo espiritual de Juan Ramón. He hallado elementos de solipcismo, de panteísmo, de estoicismo, y hasta he creído ver tendencia al cristianismo. Aunque me parezca que el panteísmo es el foco de su pensamiento filosófico, tengo la impresión de que Juan Ramón lo trasciende, que va más allá, que hasta se acerca a los conceptos religiosos del cristianismo, sin formularlos definitivamente. Así como se coloca fuera de toda escuela o todo -ismo literarios, también no se deja encajar en ningún sistema filosófico.

Sin embargo, no se puede reprochar al poeta por divergencias en su pensamiento, puesto que su vía de acceso a la filosofía es una vía emocional, más bien que intelectual, y, forzosamente, ha de resultar más intuitiva, menos organizada, menos metódica que la filosofía. “La misión del poeta”, nos dice Pedro Salinas, “es darnos la cifra del mundo por medio del canto”. Claro está que un canto no tendrá el rigor de una “suma filosófica”.

Se me ha ocurrido también que las diferencias que se hallan en su poesía pueden muy bien ser evidencia de que Juan Ramón no quiera lograr un pensamiento definitivo. Posiblemente pensará, como lo pensó Ralph Waldo Emerson, que: “A foolish consistency is the hobgoblin of little minds, adored by little statesmen and philosophers and divines”, y que no pierde nada

un pensamiento por ser fluctuante—que, por lo contrario, por ser más ancho puede contener más verdad.

Hay evidencias de solipcismo en Juan Ramón, aunque en la totalidad de su obra, él se libra y vaya mucho más allá de un sistema en el cual el “yo” es el foco del universo. Sin embargo, hay momentos en que Juan Ramón siente como si él mismo fuera el único centro de la realidad.

Parte de este sentimiento es la proyección de sus emociones en la naturaleza. No la ve como cosa en sí, sino como reflejo de su propio ser. En el prólogo de “Pastorales”, dice:

...el campo tiene una melancolía serena, como de mirada, como de reproche, en el verdor tierno y triste de sus valles y en los remansos dormidos de sus ríos. Hay en la naturaleza un secreto de melodía, un suave secreto de llanto...

En Juan Ramón la vista subjetiva tiene una completa realidad, aunque se dé perfectamente cuenta de que, es por amar las cosas que las ve de tal o cual manera. Nos lo indica cuando dice: *No sé si todos tienen este mismo amor por el paisaje; yo, cuando voy por el campo, comprendo más que nunca la inmensa ternura de mi corazón*”. Se ve en la naturaleza como en un espejo. El paisaje es un reflejo de él. *“Y aunque estoy sobre un árbol del camino, me atrevería a jurar que en el campo no hay nadie, que el campo está dormido en su soledad temblorosa de esquilas y de estrellas”*. Ha tomado el paso final. Se ha fundido completamente con su propio reflejo.

Otro rasgo solipcista es la animación de las cosas. Si el viento juega y la estrella parpadea, no es porque están animadas por alguna fuerza espiritual ajena; es porque Juan Ramón les da vida:

*Las cosas dan a luz. Yo
las amo, y ellas, conmigo,
en arcoiris de gracia,
me dan hijos, me dan hijos.*

Por amar las cosas, les da vida y las cualidades que quisiera que tengan.

En sus momentos de solipcismo, Juan Ramón hasta no puede concebir que nada exista fuera de sí—ni aun un dios. Observa que cuando creía que un dios había creado el universo, todo era un orden negro, estático.

*Días negros cual los días
de parada indiferencia
de dios antecreador.*

Pero en cuanto que él mismo se enteró de la belleza de las cosas,

*De pronto, un día de gracia
todo me ve con mis ojos,
me parto en mundos de amor.*

todo se vistió de luz.

Cree advertir que Dios ha sido sólo un producto de su pensamiento y que, en vez de por proyectarse hacia El, hallará la verdadera serenidad en retraerse a su propio mundo interior:

*Enseña a Dios a ser tú.
Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo.*

(Aquí inyecta algo de estoicismo. Es preciso dominarse para vivir sereno.)

*(Si sigues tu voluntad,
un día podrás reinarte
solo en medio de tu mundo.)*

Regresa al solipcismo:

*Solo y contigo más grande,
más solo que el dios, que un día
créiste dios cuando niño.*

Con el poema "El Ser Uno" llega a la posición más extrema, en la cual se ve como un universo entero, lo único que existe:

*Que nada me invada de fuera,
que sólo me escuche yo dentro.
Yo dios
de mi pecho
(Yo todo: poniente y aurora,
amor, amistad, vida y sueño.
Yo sólo
universo)
Pasad, no penséis en mi vida,
dejadme sumido y esbelto.
Yo uno
en mi centro.*

Esto es un instante de intensa subjetividad en Juan Ramón, pero no es una posición que va a mantener, puesto que toda su obra respira el anhelo del poeta de aliviar el dolor de su soledad por salir de sí, por contemplar y amar, por sentirse hermano de las cosas y los seres, por establecer la suprema armonía.

*Deja que digan. Todo es nada. Sólo vale
la convicción suprema de la eterna armonía.*

La eterna armonía significa para Juan Ramón la unión por el amor entre el poeta, la naturaleza, y Dios. En este respecto, Juan Ramón es panteísta. Dios se hace el universo—incluye todas las cosas y todos los seres. Abarca y sostiene todo. Está presente en todas partes y en todo tiempo. Se revela sobre todo en el esplendor de la naturaleza:

*Abril venía, lleno
todo de flores amarillas*

.....
El sol unjía de amarillo el mundo,
con sus luces caídas;

...el día
era una gracia perfumada de oro,
en un dorado despertar de vida.
Entre los huesos de los muertos,
abría Dios sus manos amarillas.

Más que estar presente en el paisaje, Dios es el paisaje, es la sustancia de las cosas:

Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.

Dios lo es todo, el individuo no es más que un reflejo, una ola en el universo. En el mismo prólogo a "Pastorales", en el cual se había advertido la proyección del poeta en la naturaleza, se nota el proceso opuesto—el reflejo de la naturaleza en el poeta. De una fuente emisora, se ha convertido en un eco. El poeta no crea poesía—sino la halla fuera; es decir, la naturaleza le da sensaciones estéticas, que él incorpora luego en la poesía.

Ay ¡flores del campo, arrancadas por la tarde!... ¿no se ha encontrado usted, Gregorio, rimas entre la hierba? ¡Yo he hallado tantas! y sin buscarlas... Las mejores estrofas... las vi entre aquellas hojas, bajo aquellas piedras, junto a aquel arroyo, y las más recónditas cadencias, y el aroma más vago y más triste, y aquellos nombres de libros... Paisaje de campo, qué doliente eres, qué amigo, qué quieto, qué quejumbroso...

Gregorio: mi corazón parece un paisaje de campo.

En esta fase de su pensamiento, Juan Ramón acentúa la belleza de las cosas y la alegría que se puede alcanzar en este mundo:

El morir de los que no aman a la vida, no es triste, ni importa nada (y debe fomentarse). ¡Fúnebre, terrible el morir del panteísta enamorado!

Como panteísta piensa más en el presente mundo que en el futuro. Aunque Dios esté siempre presente, es un Dios impasible, indiferente a nuestro sufrimiento. Por eso, el hombre mismo debe hallar sus propios medios de felicidad aquí, en la tierra. Juan Ramón halla la felicidad en amar las cosas y los seres.

He hallado que este amor es el elemento más consistente en la obra de él y el más instrumental en establecer la unidad de su obra. Pero al mismo tiempo se nota que Juan Ramón no está completamente satisfecho con sólo amar al mundo, sino que quisiera penetrarlo hasta hallar la verdad fundamental. En esta ansia por la Realidad, Juan Ramón encuentra que lo espiritual es lo más verdadero, lo más fundamental. Alcanza una posición que lo acerca al estoicismo, aunque parece trascender éste en algo y tender hacia el platonismo y el cristianismo.

La serenidad, más bien que en un simple amar a las cosas, en una armonía con las cosas, reside en el dominio de la materia por el espíritu. Este concepto se hace más y más insistente en la etapa de depuración o intelectualismo de Juan Ramón. Para vivir serenamente, debemos destacarnos del mundo de la materia. Todo en el mundo, desaparecerá —amor pasional, gozo de los sentidos— porque es materia. Lo único que no desaparecerá son los valores espirituales. El bien, por ejemplo, es inmortal:

Yo soy de lo estático que cree en la gracia perpetua del bien. Porque el bien (y esto lo dijo de otro modo Bruno Walter, el músico poeta, puro y sereno, desterrado libre, hermano de Martí y, perdón por mi egoísmo, mío) lo destrozan "en apariencia" los otros, pero no se destroza "seguramente", como el mal, a sí mismo.

El amor también tiene inmortalidad en el espíritu:

*¡Sí, no, ¿qué importa? Cuando estaba viva,
¡cómo temblaba yo de horror por su morir!
¡No, no, no importa que esté muerta;
que ahora tiemblo de amor eternamente
por su resurrección!*

Sólo el amor espiritual puede satisfacer realmente las aspiraciones del hombre y tener un valor duradero.

*Siento, cuando me das
tu mano, cual si un limo
que roba sol al agua
me manchara el espíritu.*

*¡Sientes, cuando te doy
mi mano, cual si un vivo
río de claridades
te limpiara el espíritu!*

En su afán de eternidad, Juan Ramón quiere trascender la apariencia de las cosas para captar la esencia:

He sido cual la rosa, todo esencia.

Este concepto me parece muy de la filosofía del cristianismo por separar los accidentes de la sustancia—los accidentes siendo lo que nosotros los humanos percibimos, y la sustancia siendo lo Divino.

También desea Juan Ramón despojar las cosas de accidentes para presentarlas desnudas en un estado puro, intemporal, universal. Este parece ser el mundo de Platón.

Los conceptos de Juan Ramón sobre Dios y la vida se hacen más precisos en otra parte de su obra. Ya no nos encontramos con un Dios indiferente, sino un Dios al cual se puede rezar, un Dios que, si lo merecemos, tendrá piedad.

*¡Ponlo, otra vez, Señor, en pie sobre la tierra,
y firme, y sonriente, y plácido!
—¡Que no sea este estar tendido, enfermo,
estar tendido ya por siempre!—
¡Levántalo, Señor...!*

Tal vez hasta tendrá un sentido ulterior este sufrir que parece ser una parte tan necesaria de nuestra vida sobre la tierra.

...Sí, todos tenemos que comer esta poquita de tierra antes de morir y no sabremos nunca, vivos, de dónde será, dónde estará esperándonos mezclada en el aire esa poquita de tierra que comeremos, aperitivo de la gran comida, la tierra que ya, hasta hacernos tierra misma, no nos faltará nunca al lado de nuestra boca.

La vida no es más que un paso transitorio hacia la otra vida, que será toda espiritualidad, toda eternidad. La muerte no es total, sino es una liberación de este mundo pequeño para el otro mundo infinito.

*...morir es viajar,
morir es trascender;
y tú estás trascendiendo...
¡vivo tú, vivo tú, vivo y ardiente,
sobre la pobre paz de nuestro seco olvido!*

Si en Juan Ramón el concepto de Dios queda indefinido, de dos cosas está cierto —que la realidad ulterior de nuestra vida es lo espiritual, y que la vida terrena es esencialmente una marcha para vencer y liberarse de la materia, espiritualizarse, y así llegar a los más altos valores—Pureza, Belleza, Amor, Paz.

EPILOGO

La vida laboriosa y sacrificada de Juan Ramón Jiménez ha tenido sus frutos. Se le debe agradecer el habernos traído la realización de su mundo imaginado—un mundo lleno de ternura y de amor, de una belleza que no soñaríamos. También le agradecemos habernos dado el ejemplo, con su vida, consagrada totalmente al arte, de una integridad perfecta; y el habernos contagiado, por medio de los pensamientos que contiene su poesía, de un idealismo superior—visiones de espiritualidad y de paz realizables en la eternidad.



BIBLIOGRAFIA

*LA OBRA DE JUAN RAMON JIMENEZ:**

- Almas de violeta, Madrid, 1900.
Ninfas, 1900.
Rimas, 1902.
Arias tristes, 1903.
Jardines lejanos, 1904.
Elegías puras, 1908.
Elegías intermedias, 1909.
Las hojas verdes: Olvidanzas, 1906, 1909.
Elegías lamentables, 1908, 1910.
Baladas de primavera, 1907, 1910.
La soledad sonora, 1908, 1911.
Poemas mágicos y dolientes, 1909, 1911.
Pastorales, 1905, 1911.
Melancolía, 1910-1911, 1912.
Laberinto, 1910-1911, 1913.
Platero y yo, 1914.
Estío, 1915, Madrid, 1916.
Sonetos espirituales, 1914-1915, 1917.
Diario de un poeta recién casado, 1916, 1917.
Poesías escogidas, 1899-1917, 1917.
Eternidades, 1916-1917, Madrid 1918.

* Las fechas en tipo cursivo son las en que fueron escritas las obras, las otras fechas son de publicación.

- Piedra y cielo, 1917-1918, 1919.
- Segunda antología poética, 1898-1918, Madrid, 1922.
- Poesías escogidas de Juan Ramón Jiménez, selecc. y pról. de T. Henríquez Ureña, México, Cultura, 1923.
- Poesía, 1917-1923, Madrid, 1923.
- Belleza, 1917-1923, 1923.
- Unidad, 1925. *
- Sucesión, 1932.
- Poesía en prosa y verso, 1902-1932; escogidas para los niños por Zenobia Camprubí Aymar, 1932.
- Presente, Madrid, 1934.
- Canción, Madrid, 1936.
- Política poética, Madrid, 1936.
- Verso y prosa para niños, con un prólogo del poeta. Puerto Rico, 1936.
- Verso y prosa para niños. Rabiudranaz Tagor. Con dos poemas de Juan Ramón Jiménez. Puerto Rico, 1937.
- La poesía cubana en 1936 (Colección). La Habana, 1937.
- University of Miami Hispanic-American Studies, número 2, Jan. 1941 ("Poesía y Literatura", "Aristocracia y Democracia", "Jamón del Valle-Inclán"); número 3, Mar. 1942 ("Estética y Ética Estética").
- Espanoles de Tres Mundos, Buenos Aires, 1942.
- Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea (1899-1936), Nosotros, 1940, XII.
- Poética. 1943. I. Número 1, (poesía y prosa de Juan Ramón Jiménez y artículos dedicados a él).
- Estrofa, (Fragmento 1°). Florida, 1941-1942. Cuadernos Americanos, Año II 1943, No. 5, Sept. y Oct., México, D. F.
- La estación total con las canciones de la nueva luz, Buenos Aires, 1946.

* He tenido en mis manos varias hojas sueltas, todas con fecha del año 1926 y publicadas en Madrid, que pueden corresponder a la parte de los Cuadernos titulada "Hojas". Pero por no tener la seguridad de haberlas identificado correctamente, no las he incluido en esta bibliografía.

In Prensa:

- Romances de Coral Gables, 1939-1942. Ed. Stylo. México, 1948.
Figuración. Ed. Losada. Buenos Aires.
Baladas de Monturrio. Ed. Losada. Buenos Aires.
Diario de poeta y mar. Biblioteca Contemporánea, Buenos Aires.

ESTUDIOS SOBRE JUAN RAMON JIMENEZ:

- Angel del Río y M. J. Benardete. *El Concepto Contemporáneo de España*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1946.
Azorín. *Clásicos y Modernos*. Renacimiento. Madrid, 1913.
—*Los Valores Literarios*. Renacimiento. Madrid, 1913.
Caballero, Sofía. *El Modernismo en España*. Tesis. Universidad Nacional Autónoma. México, D. F., 1928.
Cansinos Assens, Rafael. *La Nueva Literatura*. Editorial Páez. Madrid, 1925. Tomo I.
Casares, Julio. *Crítica Efímera*. Tomo II. Ed. Saturnino Calleja, Madrid, 1919.
Cernuda, Luis. *Juan Ramón Jiménez*. El Hijo Pródigo. México, D. F., 1943, I.
Chabas, Juan. *Vuelo y Estilo*. Tomo I. Madrid, 1934.
Conde, Carmen. *Cuando los Poetas Hablan a Dios*. Juan Ramón Jiménez (1). Rueda. México. Invierno 1943-1944.
Darío, Rubén. *Tierras Solares*. Madrid, 1904.
Díaz-Plaja. *Hacia un Concepto de la Literatura Española*. Espasa Calpe.—Argentina. Buenos Aires, 1942.
—*La Poesía Lírica Española*. Editorial Labor, S. A. Barcelona, 1937.
Diego, Gerardo. *Poesía Española, Antología 1915-1931*. Ed. Signo. Madrid, 1932.
—*Poesía Española, Antología, Contemporáneos*. Signo. Madrid, 1934.
Díez-Canedo, Enrique. *Juan Ramón Jiménez en su Obra*. El Colegio de México. México, 1944.

- Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y los Comienzos del Modernismo en España*. El Hijo Pródigo. México, D. F., 1943. II.
- Díez-Canedo, Joaquín. *Las Cien Mejores Poesías de la Lírica Española*. Editorial Signo. México, 1945.
- Domenchina, Juan José. *Antología de la Poesía Española Contemporánea (1900-1936)*. Epilogo de Enrique Díez-Canedo. Editorial Atlante, S. A. México, D. F., 1941.
- Crónicas de Gerardo Rivera*. Ed. Centauro, S. A. México, 1946.
- Nuevas Crónicas de Gerardo Rivera*. Ed. Juventud, S. A. Barcelona, 1938.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid.
- Figuería, Gastón. *Juan Ramón Jiménez: Poeta de lo Inefable*. Biblioteca Alfar. Montevideo, 1944.
- Fitzmaurice-Kelly, James. *The Oxford Book of Spanish Verse*. Clarendon Press. Oxford, 1940.
- Frank, Waldo. *España Virgen*. Revista de Occidente. Madrid, 1930.
- Giner de los Ríos, Francisco. *La Actual Poesía Española*. Cuadernos Americanos. Julio. 1943. Vol. X.
- Laurel. *Antología de la Poesía Moderna en la Lengua Española*. Introducción de Xavier Villaurrutia. Editorial Séneca. México, 1940.
- Northrup, George Tyler. *An Introduction to Spanish Literature*. University of Chicago Press. Chicago, Ill., 1925.
- Onís, Federico de. *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana. (1882-1932)*. Madrid, 1934.
- Paz, Octavio. *Voces de España (Breve antología de poetas españoles contemporáneos)*. México, 1938.
- Reyes, Alfonso. *Los Dos Caminos*. 4a. serie de Simpatías y Diferencias. Madrid, 1923.
- Pasado Inmediato y Otros Ensayos*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1941.
- Rodó, José Enrique. *El Mirador de Próspero*. Montevideo, 1913.
- Salinas, Pedro. *Literatura Española, Siglo XX*. Ed. Séneca. México, D. F.

- Torres-Bodet, Jaime. *Contemporáneos*. Herrero. México, 1928.
- University of Miami Hispanic-American Studies*. Ed. by Robert E. Mc Nicoll and J. Riis Owre. The University of Miami. Coral Gables, Florida; March, 1942, No. 3; and January, 1941, No. 2.
- Valbuena Prat, Angel. *Historia de la Literatura Española*. T. II. Gustavo Gili. Barcelona, 1937.
- La Poesía Española Contemporánea*. Cía. Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid.
- Vela, Arqueles. *Evolución Histórica de la Literatura Universal (Lit. Comp.)*. Ed. Fuente Cultural. México, D. F., 1941.



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS